

P. ÁNGEL PEÑA O.A.R.

**LA MÍSTICA LUISA PICCARRETA
Y LA DIVINA VOLUNTAD**

LIMA – PERÚ

LA MÍSTICA LUISA PICCARRETA Y LA DIVINA VOLUNTAD

Nihil Obstat
Padre Ricardo Rebolleda
Vicario Provincial del Perú
Agustino Recoleta

Imprimatur
Mons. José Carmelo Martínez
Obispo de Cajamarca (Perú)

LIMA – PERÚ

ÍNDICE GENERAL

INTRODUCCIÓN

CAPÍTULO PRIMERO: AUTOBIOGRAFÍA

Su infancia.

Locuciones.

Deseo de ser religiosa.

Visión de Jesús con la cruz.

Jesús se oculta.

Desaparece el cólera.

Los demonios.

Acepta ser víctima.

Problemas con la familia.

Por las almas del purgatorio.

CAPÍTULO SEGUNDO: DONES SOBRENATURALES

Desposorio.

Matrimonio espiritual.

Las llagas de Cristo.

Muerte de sus padres.

Visión del Niño Jesús.

Bromas de Jesús.

Belleza de Jesús.

El cielo.

Eucaristía.

Carismas a) Inedia.

b) Sin escaras. c) Don de curación.

d) Resucitar muertos. e) Profecía.

f) Bilocación.

CAPÍTULO TERCERO: LA DIVINA VOLUNTAD

Casa de la divina voluntad.

En su nueva Casa.

Vivir la divina voluntad.

Te amo.

Oración de Luisa.

Los escritos.

Testimonio de San Aníbal.

Así era ella.

CONCLUSIÓN

BIBLIOGRAFÍA

INTRODUCCIÓN

La sierva de Dios Luisa Piccarreta es una gran mística, que recibió de Jesús muchos mensajes sobre su divina voluntad y sobre cómo los hombres deben unir su voluntad a la suya por el amor. De ahí que a Luisa, Jesús la llamaba la pequeña hija de su divina voluntad.

Luisa se ofreció a Jesús como víctima para reparar tantos pecados con que es ofendido y conseguir así la conversión de los pecadores. Jesús le concedió sus llagas, pero invisibles. También recibió muchos carismas, como el don de curación, bilocación, conocimiento sobrenatural, profecía e inedia. Celebró con ella el desposorio y el matrimonio espiritual; lo que refiere ella misma en sus escritos autobiográficos.

Su vida era muy sencilla aparentemente. Durante el día trabajaba como bordadora en su cama, donde estuvo continuamente los últimos 59 años de su vida. Estaba rodeada de un grupo de jóvenes a quienes enseñaba a bordar y con quienes rezaba el rosario y hacía oración todos los días. Pero, al atardecer, escribía los mensajes de Jesús y pasaba algunas horas en oración personal o en sufrimientos expiatorios. A veces, el Señor la llevaba a visitar ciertos pecadores en bilocación para que rezara por ellos, o la llevaba al cielo.

Algo que llamaba la atención de quienes la conocían es que no comía. Solamente comía algunos gramos de alimentos y después los vomitaba. Sólo los comía por obediencia. Casi todos los días, por la mañana, quedaba inmobilizada y como petrificada. Sólo podía recobrar su movimiento por medio de la bendición de un sacerdote. Así lo quiso el Señor para que siempre fuera obediente a las autoridades de la Iglesia, quienes en 1938 prohibieron tres de sus escritos como perjudiciales para la fe. Los pusieron en el Índice de libros prohibidos. Ella escribió, obediente, una carta de sumisión al arzobispo de su diócesis. Felizmente, todo se pudo solucionar con el tiempo y ahora su proceso de beatificación va por buen camino y esperamos que pronto la Iglesia dé su veredicto final y pueda ser beatificada y más tarde canonizada para bien de sus devotos y de tantos fieles que se aprovechan espiritualmente de sus escritos y del ejemplo de su vida.

Nota.- Las citas de los volúmenes de sus escritos están tomadas de la edición publicada por la Librería espiritual de Quito (Ecuador).

Bucci hace referencia al libro del padre Bernardino Giuseppe Bucci, *Luisa Piccarreta*, Librería espiritual de Quito, 2005.

Este sacerdote la conoció personalmente y cuenta algunos hechos maravillosos, que conoció por sí mismo o por medio de sus familiares o testigos presenciales.

CAPÍTULO PRIMERO AUTOBIOGRAFÍA

SU INFANCIA

Sus padres fueron Vito Nicola Piccarreta y Rosa Tarantino. Tuvieron cinco hijas: María, Raquel, Filomena, Luisa y Ángela. Las tres primeras se casaron y Ángela, llamada generalmente Angelina, permaneció soltera, ayudando a Luisa hasta su muerte.

Luisa escribió en su Autobiografía: “Nací en 1865, el 23 de abril (en Corato, provincia de Bari), domingo in albis, por la mañana, y en la misma noche me bautizaron. Decía mi madre que yo nací al revés, pero ella no sufrió nada en el parto, tanto que yo, en los encuentros y circunstancias de mi pobre vida, acostumbraba decir: *¡Nací al revés! ¡Es justo que mi vida sea al revés de la vida de las otras criaturas!*

Así, recuerdo que en mi tierna edad de tres o cuatro años hasta cerca de los diez, era de temperamento asustadizo y era tanto el temor que no podía estar sola ni dar un paso sola; pero la causa de esto era que desde la edad de tres años, en las noches, tenía casi siempre sueños de terror. Soñaba con el demonio y me causaba tal miedo que me hacía temblar. Muchas veces soñaba que me quería llevar consigo y me arrastraba con fuerza y yo hacía todos los esfuerzos por huir; y en el mismo sueño yo sudaba frío, me escondía, me refugiaba en los brazos de mi mamá. Luego en el día me quedaba la impresión de los sueños y un miedo tal como si de todas partes quisiera salir el demonio.

Ahora creo que esto me hizo bien, porque desde esa tierna edad yo rezaba muchas avemarías y padrenuestros a todos los santos, cuyos nombres conocía, para que me dieran la gracia de no hacerme soñar con el demonio. Y si me daban el nombre de otro santo que yo no conocía, inmediatamente añadía un *pater*, si era varón; un *ave* si era mujer, porque decía que, si no los honraba a todos, me harían soñar con el demonio. Recuerdo que las siete avemarías a la Madre dolorosa las rezaba siempre desde esa edad, de modo que tenía una larga serie de padrenuestros y avemarías. Por eso, mientras las otras niñas y mis hermanitas jugaban, yo me quedaba un poco a un lado de ellas o bien junto con ellas, porque tenía miedo, pero no tomaba parte en sus juegos inocentes, para rezar mis largos *ave* y *pater*... Recuerdo también que alguna vez soñaba con la Virgen que expulsaba al demonio y una vez me dijo: *Hija mía, llora, que ha muerto mi hijo.*

Pues bien, habiéndome hecho *hija de María* a la edad de once años, un día, mientras quería orar y meditar, me sorprendió el miedo, estaba por huir

adonde mi familia, sentí en mi interior una fuerza que me detenía y oí en el fondo de mi alma una voz que me decía: *¿Por qué temes? Está tu ángel a tu lado, está Jesús en tu corazón, está la Madre celestial que te tiene bajo su manto. ¿Por qué tienes miedo? ¿Quién es más fuerte: tu ángel custodio, tu Jesús, tu Madre celestial o el enemigo infernal? Por eso no huyas, sino quédate y ora y no temas.*

Esto que escuché en mi interior me dio tanta fuerza, valor y firmeza que se alejó el miedo y cada vez que me sentía sorprender por el temor, oía repetir la misma voz en mi interior y sentía que me llevaba como de la mano mi ángel, la soberana Reina y el dulce Jesús. Me sentía triunfante en medio de ellos, de modo que adquirí tal valor que alejó todo el miedo; los sueños miedosos cesaron del todo. Así pude quedarme sola, caminar sola, ir sola al jardín, cuando estaba en la granja ¹, mientras que antes, si iba allá, con solo ver moverse la rama de un árbol, huía, porque pensaba que encima estaba el demonio.

Recuerdo que un día, evocando el miedo de mi tierna edad y los muchos sueños del enemigo, que me hacían infeliz, decía a Jesús: *¿Para qué haber pasado, amor mío, mi edad infantil con tanto miedo, con tantos malos sueños que me hacían temblar, sudar y amargar una edad tan tierna? Yo no entendía nada, ni creo que el enemigo tuviera ningún propósito...*

Mi padre y mi madre eran ángeles de pureza y de modestia. Fueron generosos con sus dependientes: El dolo o el engaño no tenían lugar en nuestra casa. Era tanto su cuidado que nunca nos confiaron a personas extrañas, sino siempre estábamos con ellos. Yo tengo el presentimiento que el bendito Jesús habrá premiado tanta virtud, dándoles por morada la patria celestial.

Recuerdo también que yo era de temperamento tímido y, si venían a visitarnos algunos parientes u otras personas, yo me escapaba a la parte alta, para no hacerme encontrar o bien me escondía detrás de una cama y oraba, y salía cuando me llamaban y me decían que se habían ido; y, cuando mi mamá iba a visitar a los parientes y quería llevarme consigo, yo lloraba porque no quería ir. Yo y otra de mis hermanitas nos contentábamos con quedarnos solas encerradas con llave, antes que salir. Esta timidez no me hacía tomar parte en nada, ni en fiestas, ni en diversiones, aun inocentes, que se acostumbra en las familias...

Pero a pesar de que era vergonzosa y tímida, era de temperamento vivaz y alegre; saltaba, corría y hasta hacía impertinencias” ².

¹ La granja de la familia, una posesión agrícola a unos 27 kilómetros de Corato, llamada *Torre desesperada*, en la región de Murgia.

² Vol 1, pp. 10-15.

El domingo *in albis* de 1874 hizo la primera comunión y confirmación. Tenía nueve años. A los once se inscribió en la Asociación de hijas de María y a los 18 se hizo terciaria dominica con el nombre de Magdalena.

LOCUCIONES

Jesús le habló muchas veces por medio de locuciones o palabras interiores, que percibía en su corazón. Ella dice: “Después (de mi primera comunión) no raras veces Jesús se hacía sentir en mi interior cuando recibía la comunión. A veces yo permanecía horas enteras arrodillada, casi sin movimiento después de la comunión y oía la voz interior que me reprochaba, si no había sido buena y atenta. Si en el curso del día había estado alguna vez distraída, cómo me reprendía, y acababa por decirme: *Y sin embargo me dices que me amas. ¿Dónde está este tu amor?*. Yo me sentía morir al oír decir esto, y prometía ser más atenta, y Jesús añadía: *Veré, veré si es verdad. Las palabras no me bastan, sino que quiero hechos.*

La comunión llegó a ser mi pasión predominante. Estaba cierta de oír hablar a nuestro Señor; y cuánto me costaba estar privada de ella... Por la familia, por estar con ellos en la granja, tenía que estar largos meses sin misa y sin comunión. ¡Cuántas veces rompía en llanto al ver árboles, flores, la Creación toda! Decía entre mí: Las obras de Jesús están a mi alrededor, sólo Jesús no está conmigo... ¡Háblame tú, flor; tú, sol; tú, cielo; tú, agua cristalina, que corres a nuestro pequeño lago, habládme de Jesús; sois obras de sus manos, dadme noticias de él! Y me parecía que todas me hablaban de él. Toda cosa creada me hablaba de cada cualidad de Jesús y yo... lloraba y llegaba hasta a enfermarme.

También a veces en la meditación escuchaba la voz de Jesús, pero alguna vez me faltaba; en cambio en la comunión, nunca. Y cuántas veces, meditando, me quedaba dos o tres horas sin poder apartarme. Cuando leía el punto y me detenía, oía en mi interior la voz de Jesús, que tomando la actitud de Maestro, me explicaba la meditación.

Desde entonces el amable Jesús me daba en mi interior lecciones sobre la Cruz, sobre la mansedumbre, sobre la obediencia, sobre su vida oculta... Trataba yo casi siempre, lo más que podía, apartarme de mi familia para estar sola y en silencio. Tomaba mi trabajo y le pedía a mi madre que me permitiese ir arriba y ella me lo concedía...

La voz interior de entonces en adelante no me dejó nunca más, y puesto que yo tenía todavía mis caídas, después de mis usuales faltas, me reprendía en todo lo que no estaba bien hecho; me corregía, enseñándome el modo de hacer

todo siempre bien; me animaba si caía de nuevo, haciéndome prometer más cuidado en el futuro. En una palabra, el Señor, desde entonces y siempre, ha obrado y obra conmigo como un buen padre con un hijo que tiende a desviarse siempre del recto sendero de la virtud, usando todas las atenciones y cuidados paternales para retenerlo en el deber, para de este modo formar de ese hijo su honor, su gloria y su más escogida y fúlgida corona de virtud. Pero para mi pesar y para mi vergüenza y confusión me conviene todavía exclamar: *¡Oh Jesús, cuán ingrata he sido contigo!*

Mi divino Maestro Jesús empezó de este modo a despojar mi corazón de todas las afecciones que nos atan a las criaturas, por lo cual siempre y con su voz interior me ha venido diciendo: *Yo soy tu Todo, que merece ser amado por ti de conformidad con el amor que te tengo. Mira, si tú no alejas de ti este pequeño mundo que te rodea por todas partes, es decir, pensamientos, afectos e imaginaciones hacia las criaturas, yo no puedo entrar del todo a tu corazón y tomar posesión estable de él. Este bullicio en tu mente es impedimento para hacer que oigas más clara mi Voz, y hacerme derramar en ti mis gracias, y hacerte enamorar totalmente de Mí, que soy esposo enteramente celoso. Prométeme que quieres ser toda mía, y yo pondré manos a la obra para hacer de ti todo lo que quiero. Tú tienes razón de decirme que nada puedes hacer por ti sola, pero no temas y yo haré todo por ti. Dame tu voluntad y esto me basta.*

Y todo esto me lo repetía con más frecuencia en la santa comunión, en la cual con efusión de lágrimas de arrepentimiento, le prometía más que nunca ser toda suya, le pedía perdón si hasta ese punto no había estado conforme a su querer, y declaraba que verdaderamente quería amarlo de todo corazón, rogándole además que no me dejase sola, que sin él sentía que podría ser peor. Y Jesús, haciéndome oír su voz dentro de mi corazón, continuaba diciéndome: *No, no, iré contigo adonde quiera que vayas, a fin de observar todas tus acciones, para dirigir y equilibrar todos los movimientos y deseos de tu corazón*³.

Me pasaba todo el día, no solamente pensando continuamente en él, sino atenta también a su voz, que internamente me reprendía cada vez que me dejaba llevar a conversar un poco detenidamente con la familia de cosas indiferentes o menos necesarias. Al punto me decía: *Estas pláticas tuyas no me son gratas, pues te llenan la mente de cosas que no me pertenecen, y rodean tu corazón de un polvo perjudicial, de modo que te hacen perder la eficacia de mi gracia, haciéndola así débil y sin vida. Imítame cuando yo estaba en la casa de Nazaret, y tenía la mente ocupada solo en lo que concernía a la gloria de mi Padre y a la salvación de las almas. No abría la boca sino para hacer razonamientos santos, tratando de inducir con mis palabras a los demás a reparar las ofensas que se*

³ Luisa tenía en ese momento unos doce años.

hacían a mi Padre, y con fuertes impulsos atraía a mi amor a los corazones destrozados por el dolor y ablandados por mi gracia. ¿Y qué decirte de los coloquios espirituales que mantenía con mi madre y con mi padre adoptivo? En una palabra, todo lo que se decía se refería a Dios; y todo lo que se hacía estaba referido a él ¿por qué no podrías tú hacer otro tanto?

Me enseñó el modo de amar a las criaturas sin apartarme jamás de él, es decir, mirando a las criaturas como imágenes de Dios, de modo que, si se me hacía algún bien, debía reconocerlo como venido de él, primer motor y autor del bien que se me hacía, pero que se servía de las criaturas para otorgármelo; si en cambio me tocaba recibir algún mal, debía pensar que Dios permitía que me lo hicieran las criaturas con el solo fin de mi mayor bien, sea espiritual o corporal. Con ello mi corazón se sentía atraído y ligado a Dios, y así resultaba que, mirando a todas las criaturas en Dios y la imagen de Dios en cada una de ellas, no perdía más la estima hacia ellas, y si me zaherían, más bien me sentía más obligada a amarlas en Dios, pensando que me hacían adquirir nuevos méritos para mi alma. Si por el contrario se me acercaban con elogios y aplausos, lo recibía todo con desprecio, diciendo para mis adentros: *Hoy es esto, mañana pueden odiarme, en vista de la inconstancia de las criaturas*. En una palabra, mi corazón adquirió desde entonces tal libertad que no sé cómo explicarlo...

Por eso, yo, más que toda otra criatura, me siento en el deber de seguir siempre a mi amable Jesús... Si por la mañana me despertaba y no me levantaba en seguida de la cama, su voz interior me decía: *Tú reposas cómodamente y yo no tuve otro lecho que la cruz; pronto, pronto, levántate, no te des tanta satisfacción*.

Si caminaba, y mi vista avanzaba un poco lejos, al punto me reprendía diciéndome: *No quiero que tu vista te lleve lejos de ti más de la distancia de un paso, y sólo para no tropezar...*

Si estaba cómodamente sentada, mientras trabajaba, me decía: *Tú estás demasiado cómoda: ¿no piensas que mi vida fue un continuo padecer?* Y yo inmediatamente, para contentarlo, me sentaba en la mitad de la silla.

Al trabajar con lentitud y desgana: *Pronto, me decía, ayúdame, gana tiempo para estar conmigo en oración*. A veces me asignaba también el trabajo que debía hacer en una hora determinada, y yo me afanaba por contentarlo, y si no me resultaba bien, le pedía que viniera en mi ayuda. Y él muchas veces condescendía, haciendo conmigo el trabajo para tenerme libre consigo, no para solazarnos, sino casi siempre para orar más. Y así, ocurría que Jesús en poco tiempo, o sola yo o junto con él, me hacía terminar el trabajo en que debía ocuparme todo el día, y me llevaba a la oración, en la cual me tenía toda absorta

en la contemplación de las muchas luces y gracias que vienen de Dios a las criaturas. Y yo me sentía más animada que antes a hacerlo, y habría querido, quién sabe por cuánto tiempo, continuar entregada a la oración, porque no experimentaba cansancio, ni tedio, y sentía tanta saciedad en mí, que estaba contenta de no tomar otro alimento sino el que venía de la oración; pero Jesús me contradecía, y a la hora de la comida, al punto me decía: *Pronto, pronto, no te hagas esperar; quiero que comas por amor a mí, y mientras tomas el alimento que se une al cuerpo, me rogarás que una mi amor al tuyo, de modo que mi Espíritu venga a unirse a tu alma y toda cosa tuya quedará santificada por mi amor...*

Si a veces al comer, sentía gusto de alguna cosa y seguía comiendo, rápidamente Jesús me reprendía, diciéndome: *¿Has olvidado tal vez que yo no tuve otro gusto sino el de mortificarme siempre por tu amor? Deja, pues, de comer esto, y toma en cambio aquella otra cosa que no te gusta.*

En una palabra, Jesús ha tratado de hacer morir mi voluntad hasta en las cosas más pequeñas, para hacerla vivir solo y siempre en él. He aquí por qué el Señor permitía que también en este amor todo santo y totalmente por él me vinieran las más grandes contradicciones: Es cierto que se sentía muy vivo en mí el deseo de acercarme a la mesa eucarística, tanto que el día anterior y toda la noche no hacía otra cosa que prepararme, para disponerme mejor a recibirlo, sin cerrar los ojos al sueño por los continuos actos de amor a Jesús, diciéndole muchísimas veces: *Señor, apresúrate, que no puedo estar sin recibirte; acelera las horas, salga en seguida el sol, que desfallece mi corazón por el gran deseo de la santa comunión.*

Pues bien, la mañana siguiente, apenas amanecía, con este gran deseo de recibir a Jesús en el sacramento, me dirigía a la iglesia, y acercándome al confesor, éste, sin que le dijera una palabra, más de una vez me decía: *Esta mañana quiero que te prives de la santa comunión;* lo cual me resultaba tan doloroso que, a veces, mientras me derretía en lágrimas, no me atrevía a descubrir ni siquiera al confesor la amargura que experimentaba mi alma, ya que el mismo Jesús quería que me comportase de este modo, pues si no, me reprochaba, pero quería que tuviera plena confianza en él, Sumo bien mío, por lo cual le abría muchas veces mi corazón y le decía: *Ay, mi dulce Amor, ¿es éste el fruto de la vigilia que hemos hecho ambos esta noche? ¿Quién habría podido imaginar que después de tanto esperar y de desearte tanto hubiera tenido que quedar privada de Ti? Conozco bien que en todo y siempre debo obedecer, pero dime, oh mi buen Jesús, ¿puedo yo estar sin Ti? ¿Quién me dará la fuerza para estar privada de Ti? ¿Y podré tener el ánimo de retirarme de la iglesia sin llevarte conmigo a casa, mi Sumo Bien? Yo no sé qué más hacer, pero tú, oh mi Jesús, si quieres, puedes remediarlo todo.*

Mientras hablaba así, sentía un fuego insólito a mi lado, luego se encendía en mí una llama de amor y una voz interior que me decía: *Cálmate, cálmate... Ya estoy en tu corazón; ¿de qué tienes temor ahora? Ya no te aflijas. Yo mismo quiero enjugarte las lágrimas... Pobrecita, tú tienes razón, pues no podías estar sin Mí, ¿no es cierto?*

Ante esta conducta de Jesús y ante sus palabras, yo me quedaba sorprendida y tan anonadada que, volviéndome a Jesús, le decía: *Si yo hubiera sido buena y no tan mala, no le habrías infundido al confesor la inspiración de contradecirme así.* Y le rogaba que ya no permitiera semejantes contradicciones, porque sin él yo no podría en modo alguno resistir, y haría quién sabe cuántos disparates”⁴.

DESEO DE SER RELIGIOSA

Rogaba siempre a Jesús que me permitiese llegar a ser religiosa y cuando lo sentía en mi interior le preguntaba muchas veces si llegaría a realizarse mi vocación religiosa, y Jesús me aseguraba, diciéndome: *Sí, te daré este gusto; verás que has de ser religiosa.* Yo quedaba muy contenta al oír lo que Jesús me aseguraba y trataba de disponer a la familia para obtener el consentimiento, porque era contraria, especialmente mi mamá; hasta llegaba a llorar y me decía que me daría gusto si quisiera hacerme religiosa de clausura, pero nunca consentiría en que fuera de las religiosas de vida activa.

Yo empero, a decir verdad, quería hacerme religiosa de vida activa, porque las que conocía habían sido mis maestras, pero sobrevino mi larga enfermedad y puso fin a mi vocación. Muchas veces me lamentaba con Jesús y le decía: *Te burlabas de mí, prometiéndome que llegaría a hacerme religiosa.* Y él muchas veces me aseguraba que me decía la verdad, diciéndome: *Yo no sé engañar ni me sé burlar. La llamada que yo te hacía era más especial. ¿Quién es aquella que haciéndose religiosa, no puede caminar, ni tomar aire, ni gozar de nada? ¡Y cuántas veces en la vida religiosa, hacen que entre el pequeño mundo y se divierten magníficamente, mientras que a mí me dejan a un lado! Hija mía, cuando yo llamo a un cierto estado de vida, sé cómo realizar mi llamada. El sitio es para mí indiferente, el hábito religioso para mí no cuenta. Por eso, te digo que eres y serás la verdadera monjita de mi Corazón”*⁵.

⁴ Vol 1, pp.16-18; 28-32; 43-47.

⁵ Vol 1, pp. 20-21.

VISIÓN DE JESÚS CON LA CRUZ

Un día después de la comunión, lo sentí dentro de mí lleno de amor y mostrándome tanto afecto que yo me vi asombrada, por lo cual le dije: *¿De dónde, Jesús mío, tanta bondad hacia mí, tan mala y que no correspondo a tu amor? Si al menos fuera buena... Si al menos te correspondiera... Yo temo que por mi falta de correspondencia tú tengas que dejarme; y más bien, te veo ahora lleno de bondad, y que más que en todo otro tiempo, te estrechas más íntimamente a mí.*

Y Jesús cada vez más afable: *Amada mía, las cosas pasadas no han hecho en ti más que un pequeño preparativo; ahora quiero ponerme a la obra. Quiero disponer tu corazón de tal modo, que tú vengas a internarte en el mar inmenso de mi acerbísima Pasión...*

Con estas palabras de Jesús me sentía más que nunca ansiosa de padecer, pero la naturaleza temblaba al solo pensar en los sufrimientos a los que tenía que someterme, y por eso, pedía a Jesús que ante el sufrimiento me diera tanta fuerza y valor que me hiciera sentir amor al mismo padecer al que él mismo me llamaba, a fin de que no me sirviese del mismo, tenido como don, para ofenderle a él...

Animada por Jesús, me di a meditar su Pasión, lo que hizo tanto bien a mi alma, que puedo afirmar, sin temor de errar, que todo el bien me ha venido de esta fuente de gracia y de amor. Desde entonces, la Pasión de Jesús se abrió camino, no sólo a mi corazón y a mi espíritu, que sentía al vivo la compasión, sino también gracias a esta consideración se apoderaba de todo mi cuerpo tal ardor que experimentaba dolorosos efectos de la misma Pasión...

Otras veces el mismo Jesús me hacía la narración de sus acerbadas penas y dolores sufrido por mi amor, y yo quedaba tan conmovida que lloraba amargamente... Y un día, como nunca, mientras en mi trabajo consideraba las amarguísimas penas de Jesús, sentí mi corazón tan oprimido que me faltaba la respiración, y temiendo que estuviese por sucederme algún mal, quise distraerme saliendo afuera al balcón. ¿Pero qué fue lo que vi? En la calle una multitud inmensa de gente que pasaba por debajo del balcón, conduciendo a mi mansísimo Jesús, con la cruz auestas, y que era tirado de una a otra parte. Lo miraba angustioso, con el rostro chorreando sangre, y en una actitud tan lamentable que enternecía a las mismas piedras, cuando alzó los ojos hacia mí, en ademán de pedirme ayuda.

¿Quién puede expresar el dolor que experimenté en mí? ¿Quién la impresión que me produjo una escena tan desgarradora?... Entré enseguida a mi

habitación, sin saber yo misma dónde me encontraba; sentía mi corazón despedazado de dolor, y llorando a mares, decía entre mí: *¡Cuánto sufres, oh mi buen Jesús! ¡Si al menos pudiera ayudarte y liberarte de esos lobos tan rabiosos, o al menos sufrir yo tus penas, tus dolores y maltratos en vez de ti, para darte el más grande alivio! ¡Ay, mi Bien, dame el sufrimiento, porque no es justo que tú tengas que sufrir tanto por mi amor, y yo, pecadora, esté sin sufrir nada por ti.*

Y desde entonces Jesús me inflamó de tanto amor por el dulce padecer, que me era más doloroso el no padecer; y esta ansia se hizo tan viva en mí, que no se ha extinguido nunca, tanto que en la comunión no pido ardientemente otra cosa sino que me haga semejante a él por medio del dulce padecer. Y parece que él algunas veces me ha satisfecho, quitándose ya una espina de su corona y clavándola en mi corazón, ya hundiendo alguna otra en mi cabeza, y a veces sus clavos en las manos y en los pies, haciéndome sufrir acerbísimos dolores, pero jamás iguales a los sufridos por él..

Otras veces me ha parecido que Jesús tomaba mi corazón entre sus manos, y lo estrechaba tan fuertemente, que por el dolor, sentía perder el sentido; y por el temor de que las personas que me rodeaban pudieran percatarse de lo que sucedía en mí, le rogaba, diciéndole: *Mi Jesús, por gracia, haz que yo sufra, pero que todo quede oculto.* Me contentó por un cierto tiempo, pero después, a causa de mis pecados, algo advirtieron esas personas”⁶.

⁶ Vol 1, pp. 48-51.

JESÚS SE OCULTA

“Jesús, con aspecto dulce y sereno me dijo: *Hasta ahora te he asistido visiblemente, ahora invisiblemente, para hacerte tocar con la mano tu nada; te hundiré en la más profunda humildad y te cimentaré en mi gracia, la más selecta, para edificar sobre ti los altísimos muros de lo que pretendo hacer de ti. Por eso, en vez de afligirte, deberías tomar motivo de alegrarte conmigo y agradecerme, pues cuanto más pronto te haga traspasar este mar tempestuoso, tanto más pronto llegarás al puerto de salvación; y cuanto más duras sean las pruebas a las que te someteré, tantas más gracias te concederé. Animo, pues, que vendré pronto a consolarte en las penas.*

Dijo esto, y se sustrajo a mi vista, bendiciéndome. ¿Quién puede decir la pena que sentí, el vacío que me dejó en el corazón, las amarguras que inundaron mi alma, y las lágrimas que derramaron mis ojos, al ver que Jesús, bendiciéndome, se alejaba de mí? Pero me resigné a su santísima voluntad, y después de haber besado de lejos mil veces aquella mano que me había bendecido, poniendo término a las lágrimas comencé a decir: *Adiós, esposo santo, adiós... Recuerda la promesa que me diste, a saber, de hacerte ver pronto; asísteme siempre y siempre defiéndeme y hazme toda tuya.*

Así dije y me vi entonces enteramente sola, como si todo hubiera acabado para mí, ya que lo tenía sólo a él, y faltándome él, no me quedaba otro consuelo; y por eso, todo lo que me rodeaba, se convirtió en penas amarguísimas, porque las mismas criaturas me irritaban de tal modo que me parecía escucharlas en su mudo lenguaje como si me dijeran: *Ves, nosotros somos obra de tu amante y amado Bien; ¿y él ahora dónde está?* Si miraba el agua, el fuego, las flores, las mismas piedras de mi aposento, y qué sé yo, parecía que todos me dijeran: *Ah, mira, todas estas cosas son obra de tu esposo, y aunque tienes el bien de ver estas sus obras, no tienes el bien de ver a su Creador... Y yo: Obras de mi Señor, decidme, ¿qué es de él? Decidme dónde se encuentra. Me dijo que tornaría pronto, ¿pero quién de vosotros sabría decirme cuándo deberá retornar, cuándo lo volveré a ver?*

En este estado, los días me parecían eternos, eternas las noches en vela, las horas y los minutos como siglos y años que no acarrearán más que amarga desolación como para hacerme sentir que desfallece el latido del corazón y la respiración, y a veces se me helaba todo el cuerpo y se apoderaba de mí y me invadía por completo un cierto temblor de muerte, por lo cual los de la familia llegaron a advertir mi mal.

Pero todo lo que entonces sufría fue atribuido a un mal físico, y por eso la familia insistía en que debía curarme; tanto se me dijo y se hizo, que tuve que

someterme a la visita médica, que no me produjo ningún provecho. Entre tanto yo continuaba recordando cuánto había dicho y obrado en mí el buen Jesús. Recordaba punto por punto todas sus gracias, todas sus dulces y afables palabras, una por una todas sus paternas exhortaciones y correcciones, y cada uno de sus reproches para llamarme al deber de su amor.

Sería una falsaria si no afirmara que todo lo que se ha obrado hasta aquí no ha sido sino en su plena gracia otorgada a mí en gran abundancia por el Señor, pues de lo mío no hay más que pura nada y la inclinación al mal. Y en verdad, ¿quién me sustrajo de las frivolidades del mundo sino mi amable Jesús? ¿Quién me hizo sentir aquel fuerte impulso a hacer la novena de Navidad, con nueve meditaciones diarias sobre el misterio de la Encarnación de Jesús, con la cual tuve tantas luces superiores y gracias celestiales? ¿De quién aquella voz que interiormente comenzó a hablarme en lo íntimo del corazón, a lo largo de dicha novena, y que luego ha continuado hasta hoy, sin darme tregua ni paz si no hacía prontamente lo que me pedía? ¿Y el modo utilizado para hacerme enamorar de él, haciéndose ver de mí en forma de graciosísimo Niño?

Baste decir que se llegó a hacerme estar en el estado de sufrimientos, de inhabilidad, de inmovilidad y de petrificación hasta dieciocho días continuos... Dios solo sabe lo que pasé en aquellos cuatro años de verdadero martirio. Y cuando algún sacerdote tenía a bien llamarme a la vida, no usaba conmigo la caridad de decirme: *Ten paciencia, haz la voluntad de Dios*, sino más bien reprensiones y reprimendas, como las que se hacen a veces a los caprichosos y a los desobedientes, que actuando a su propio talante luego se han encontrado en la vía del mal...

Jesús hacía de maestro, enseñándome, corrigiéndome, reprochándome, para inducirme a despojar el corazón de las pequeñas afecciones, infundiéndome el verdadero espíritu de mortificación, de caridad y de oración, con lo que me abrí camino para internarme en el mar inmenso de la Pasión de Jesús, y de lo cual adquirí la dulzura en el padecer y la verdadera amargura en la falta de sufrimiento. ¿No ha sido todo gracia suya, su don, más aún, obra verdadera de Jesús?

Y ahora que quiere bromear conmigo, sustrayéndose de mi vista, toco con la mano que sin él no siento ya el amor tan sensible que sentía antes por Jesús, ni aquellas luces tan claras en las meditaciones, que me hacían estar dos o tres horas absorta en dulce consideración... Ahora, si bien hago lo más que puedo por continuar haciendo lo que hacía con él, no lo logro, como cuando estaba visible o sensiblemente cerca de mí.

En este estado de privación de mi Jesús pasaba el santo día casi siempre en amargura, silencio y esperándole a él, que todavía no venía como me había prometido: *Vendré pronto a ti*. El único consuelo, entre tanto, era recibirlo en la santa Eucaristía, porque ahí ciertamente lo encontraba y no podía dudar, tanto más cuanto que, ante mis reiteradas súplicas, me contentaba casi siempre haciéndose sentir palpitante en mi corazón, si bien no tan amoroso y afable como antes de ponerme en prueba, sino más bien severo y sin decirme palabra.

Pasado finalmente aquel período, en que yo hacía lo mejor posible todo lo que quería Jesús, lo sentí volver a mi corazón y me habló en estos términos: *Dime, hija de mi Querido, todo lo que quieras: manifiéstame todo lo que ha pasado en ti de dudas, de temores, y todas tus dificultades, a fin de enseñarte el modo de comportarte en el futuro, en que estaré ausente*.

Ya entonces, le hice una fiel narración, diciéndole: *Señor, mira, sin ti nada de bien he podido hacer, la meditación me ha resultado muy difícil y no he tenido el valor de ofrecértela, en la comunión no sentía deseos de entretenerme por mucho tiempo, al faltarme los atractivos de tu amor. Me he sentido siempre vacía y siempre con el dolor de tu ausencia, que me ha hecho experimentar agonías de muerte; la naturaleza quería despachar todo cuanto antes para evitar la pena de verse sola, y tanto más cuanto que el entretenerme largamente me parecía pérdida de tiempo, pero el temor de que a tu retorno fuera castigada por ti, si me hubiere hecho infiel, me ha hecho continuar. Aumentaba después mi pena interior el considerar que tú, mi Bien, eres ofendido continuamente, y yo, de aquellos actos de reparación, de aquellas visitas a ti en el Santísimo Sacramento, que me hacías realizar, nada he podido hacer bien sin ti”*⁷.

DESAPARECE EL CÓLERA

En 1887 el cólera hizo estragos en la región y se llenaron de temor los habitantes. “Un día yo más que nunca me puse a suplicar con fervor al Señor que hiciera cesar este flagelo de la justa e inexorable ira de Dios, enojado a causa de las innumerables afrentas cometidas por los hombres malvados. Pues mientras así imploraba, se hizo ver mi amable Jesús y me dijo: *Bien, Yo estoy por contentarte, con tal que quieras ofrecerte como víctima de reparación, sufriendo de buena gana cuanto de grave y doloroso se transmita a tu alma y a tu cuerpo*.

Por ahora quiero que te hagas víctima de amor, de reparación y de expiación por los mismos seres que, no solo te son contrarios, sino también de gran molestia, considerando que ellos son hijos míos, redimidos con mi propia

⁷ Vol 1, pp. 55-57.

sangre, y si tú verdaderamente sintieras amor, deberías también sujetarte a darlo todo por su salvación.

A estas justas palabras de Jesús, ¿podía yo oponerle resistencia? Por eso acepté el estado de víctima que quería de mí... Y en efecto, hasta la noche fui sorprendida por el estado de sufrimiento, comunicado por él y en el que permanecí por tres días sin recobrar en absoluto. Después, ya recobrada, no se oyó hablar más del cólera, excepto a pocos alocados, que tuvieron que pagar su tributo a la muerte. Pero la mayor parte de los ciudadanos fueron sacudidos por este flagelo de Dios, al punto que el confesor, cuando vino a hacerme recobrar, se me puso a decir bromeando: *En estos días pasados, ha estado entre nosotros un gran misionero, el cual ha hecho mucho bien en su ministerio de predicador; se han visto efectivamente postrarse a nuestros pies, ciertas caras; que tal vez en su vida no se habían dignado jamás ni siquiera pasar por delante de una iglesia, por haber sido siempre reacias a todo sentimiento religioso, mientras que a la llamada de este excelente predicador se han rendido a la gracia, de la que se han producido frutos de vida eterna.*

Le pregunté que dónde predicaba este misionero. Y él: *No solo en todas las iglesias, sino también fuera de ellas, es decir en la plaza, en los corrillos, en las tiendas, en casa: en una palabra, a todos los lugares ha llegado su poderosa palabra y con tal unción de gracia que muchos se han reducido a penitencia. Y yo: ¿Cómo se llama este misionero? Él me repuso: Lleva un hermoso nombre. De todos se hace llamar “D. Coletto, flagelo de Dios”, con lo que quería indicar el cólera*⁸.

Al mes de cesar el cólera, su confesor fue cambiado de convento y asumió su dirección el padre Michele de Benedictis, con quien pudo abrir su alma con confianza. Fue él quien le dio permiso para permanecer siempre en cama como víctima. Era el año 1888. El año 1898 el arzobispo nombró como nuevo confesor al padre Gennaro Di Gennaro. Ella estuvo en cama desde 1888 hasta su muerte en 1947.

⁸ Vol 1, pp. 88-89; 93-97; 100-112.

LOS DEMONIOS

“Un día, después de la comunión, me sentí más íntimamente unida a Jesús con los lazos dorados del amor y me hizo una cantidad de amorosas preguntas, y entre otras: *¿Me amas de verdad? ¿Estás dispuesta y pronta a hacer lo que yo quiero de ti? Si quisiera de ti, todavía, el sacrificio de la vida, ¿estarías dispuesta, por amor mío, a aceptarlo de buen ánimo? Sepas que, si estás pronta a hacer todo lo que yo quiero, haré de ti y por ti lo que tú quieres de mí.*

Y yo: Sí que te amo, mi Amor y mi Todo: ¿puede haber acaso objeto más bello, más santo, más amable que tú, mi Bien? Y luego, ¿por qué preguntarme si estoy o no pronta a hacer lo que tú quieres, mientras desde hace mucho tiempo te he entregado mi voluntad, te he pedido que no me ahorres nada, aunque quisieras hacerme pedazos y estoy dispuesta, con tal que pueda darte siempre gusto? Yo me he abandonado a ti, esposo santo. Obra por tanto en mí y sobre mí libremente como mejor te agrada, haz de mí lo que tú quieras, pero dame siempre nueva gracia, pues por mí sola nada puedo.

- *¿Pero verdaderamente estás pronta a todo lo que yo quiero de ti?*

A esta reiterada pregunta suya, yo me sentía oprimida, me veía confundida y anonadada; pero confiando en él, con valor le dije: *Mi siempre amable Jesús, en mi nulidad yo estoy como vacilante y temblorosa, pero desconfiando de mí, confío animosamente en ti, de quien siento que me viene la prontitud de ánimo que me hará afrontar y superar cualquier obstáculo y prueba.*

- *Pues bien, quiero purificar tu alma de todo mínimo lunar que pudiera impedir mi amor en ti; quiero probar tu fidelidad hacia mí, para poder tenerte como toda mía; quiero comprobar que todo lo que me has dicho es verdad... Por eso quiero ponerte bajo la prueba de una durísima batalla; pero en ésta, tú nada tienes que temer; pues yo seré tu brazo y tu fuerza y no sufrirás ningún desastre, ya que yo combatiré junto contigo y por ti. La batalla, pues, está pronta; los enemigos están en un tenebroso escondrijo, ideando la más áspera acción de guerra y yo les daré libertad de asaltarte, de atormentarte, de tentarte en toda forma, a fin de que cuando tú te hayas liberado, gracias a las armas de tus virtudes, que arrojarás contra los vicios opuestos por ellos, éstos quedarán escarnecidos para siempre, y tú te encontrarás en posesión de mayores virtudes y tu alma retornará como un rey, que después de haber vencido en la batalla, retorna glorioso a su reino, adornado de coronas, medallas y méritos, trayendo consigo inmensas riquezas. Así tu alma, embellecida y enriquecida de nuevos méritos, tendrá de mí no solo nuevos dones, sino que yo mismo me daré a ella. Ánimo, pues, que yo, después de alcanzada la victoria de la lucha sostenida contra los demonios, inmediatamente formaré en ti mi estable y perenne morada*

y así estaremos siempre unidos. Es verdad que yo te pongo en una prueba muy dolorosa y en una encarnizada y sangrienta lucha, ya que los demonios no te darán reposo ni tregua, ni de día ni de noche.

En mi Nombre darás inicio a la batalla. Durante el combate este Nombre será continuamente invocado por ti, pues te servirá de baluarte de seguridad; y lo pondrás como sello al cumplimiento de tu más dolorosa prueba, comenzada, sostenida y terminada victoriosamente en mi Querer, que quiere hacerte enteramente semejante a mí; y no hay otro camino ni otro medio de alcanzar esto, si no es a través de indecibles e inmensas tribulaciones, las cuales después te serán bien recompensadas.

¿Quién puede decir, ahora, cómo quedé consternada y asustada al oír del buen Jesús presagiarme la encarnizada guerra que debía sostener contra los demonios? Sentí que se me helaba la sangre en las venas, que se erizaban uno a uno todos los cabellos; mi imaginación se llenó toda ella de negros espectros, que me figuraba en acto de querer devorarme viva; ya me parecía que estaba rodeada por todo lado de espíritus infernales.

En este estado de tanto dolor y angustia, me volví a mi Jesús diciéndole: Señor mío, ¡ten piedad de mí! No me dejes sola y tan abatida de ánimo. ¿No ves que los demonios se acercan a mí con tanta rabia, que ciertamente no dejarán de mí ni siquiera el polvo? ¿Cómo podré resistirles si tú te alejas de mí? Te es bien conocida mi frialdad e inconstancia en el bien. Soy tan mala que no sé hacer sino el mal sin ti, mi Bien. Dame al menos nueva gracia, y tan abundante que no pueda ofenderte más. ¿No sabes tú cuál es la pena que más desgarrar mi alma? Es el solo pensar que tú puedas dejarme sola en la diabólica prueba, por lo cual me siento atemorizar y desfallecer por el miedo... ¿Quién me dará en tal caso, ánimo para aventurarme en el anunciado combate? ¿A quién dirigiré mi súplica, gracias a la cual pueda obtener la enseñanza práctica para derrotar al enemigo? Pero desde ahora bendigo tu santo Querer y con las palabras de tu Madre santísima y mía, dirigidas por ella al arcángel Gabriel, te digo con todo el ímpetu de mi corazón: He aquí tu esclava, hágase en mí según tu palabra, que es de vida eterna.

Ante tales palabras, Jesús volvió a decirme: No te aflijas tanto, sabe que jamás permitiré que ellos te tienten por encima de tus fuerzas; y sabe también que jamás yo pongo a las almas en batalla con ellos, para hacer que perezcan; en efecto antes mido sus fuerzas, otorgo mi gracia eficaz y luego las introduzco en la áspera batalla y si algún alma a veces cae no es nunca por falta de mi gracia, sino porque no ha querido mantenerse unida a mí, mediante la continua oración.

Te recomiendo, pues, antes de todo, la constante oración, aun cuando tuvieres que sufrir penas de muerte, no descuides las oraciones que acostumbras hacer; más aún, cuanto más próxima te veas del precipicio, tanto más me invocarás con la oración confiada, en la plena certeza de ser ayudada por mí. Además quiero que de ahora en adelante abras tu corazón al confesor, descubriéndole todo lo que se desarrolle en ti. En sus manos pondrás ciegamente la solución del problema de tu futuro, sin desaliento; y de cuanto se te diga, no dejarás nada de poner en práctica, recordando entonces lo que te digo ahora, que serás rodeada de densas tinieblas y te encontrarás como quien no tiene ojos, por lo cual necesita de una mano amiga que le guíe... Para ti el ojo será la voz del confesor, que como luz y viento disipará las tinieblas; la mano será la obediencia, que te hará de guía y de sostén para hacerte llegar a puerto seguro. Por último te recomiendo valor. Quiero que entres con intrepidez en batalla, porque lo que más hace temer a un ejército enemigo es el observar el valor y la fuerza con que los adversarios se aventuran a la pelea, afrontando sin temor alguno los más siniestros ataques. Así los demonios, nada temen más que a un alma adiestrada con su valor, que se basa en mí y que, apoyada en mí, va contra ellos, haciéndose invicta exterminadora de quien se le pone delante, de modo que, aterrados y asustados, quisieran precipitadamente darse a la fuga, pero no pueden, porque atados por mi voluntad, están obligados a sufrir el más grande tormento y su más vergonzosa rendición... Ánimo, pues, ánimo, que si me eres fiel te suministraré siempre con más abundancia mi gracia y nueva fuerza, a fin de salir victoriosa sobre ellos.

¿Quién puede decir, ahora, el cambio que se dio entonces en mi interior? ¡Ay de mí, qué horror se apoderó de mí! El amor a mi amable Jesús, que poco antes sentía vivamente en mí, se convirtió en odio atroz, el cual me causaba una pena indecible, pues el alma sentía destrozarse al pensar que aquel Señor, que había sido conmigo tan benévolo, ahora venía a mí como aborrecido y blasfemado, como si se hubiese convertido en el más cruel enemigo; y luego el no poder mirarlo más en sus imágenes, porque sentía ímpetu de odio, el no poder tener en la mano coronas del santo rosario, ni besarlas, porque estaba movida a reducirlas a pedazos. ¡Oh Dios, qué amarguísima pena! Yo creo que, si en el infierno no hubiera más penas, la sola pena de no poder amar más a Dios sería la que formaría el infierno, con lo horrible que fue, que es y que será.

El demonio a veces me ponía delante todas las gracias que el Señor me había otorgado, como si hubiera sido un divertido trabajo de mi fantasía, y luego me impulsaba a entregarme a la vida libre y más cómoda. Otras veces me las manifestaba como verdaderas y me reprochaba diciéndome: *¿Ves el gran bien que Jesús quería para ti? Y ahora mira la recompensa que te ha dado a cambio de tu correspondencia a sus gracias, dejándote, como ves, en nuestras manos.*

Ahora eres nuestra, toda nuestra. Para ti todo ha terminado, habiéndote vuelto como un juguete infantil, ya no hay que esperar que él pueda volverte a amar.

Con estas palabras infernales de Satanás, yo me sentía como abrumada por un indecible enfado contra el Señor y por una extrema desesperación de salvación, tanto que, teniendo a veces imágenes en las manos, la fuerza del enfado y de la desesperación me impulsaba a romperlas en pedazos; pero en el mismo acto de hacerlo derramaba ardientes lágrimas y volvía a besar los pedazos de dichas imágenes...

Los demonios, cuando me veían postrada en tierra para orar, se enfurecían tanto que me tiraban, ora el vestido, ora la silla en que estaba apoyada. Me infundían tal temor que, a veces me hacían interrumpir la oración, creyendo que así podía librarme de ellos. Y esto sucedía especialmente por la noche y luego me iba a la cama. Y para conciliar el sueño, oraba mentalmente y ellos, tal vez percatándose, me molestaban, quitándome de encima las mantas, sábana, almohada y yo sin poder cerrar los ojos para dormir, me quedaba en vela, como el que sabe que tiene junto a sí a un cruel enemigo que ha jurado quitarle a cualquier costo la vida y que espera la hora propicia para lanzarle el golpe fatal de muerte. Me sentía obligada a tener los ojos siempre abiertos, a fin de poder percatarme de cuándo vendrían para llevarme al infierno y entonces habría opuesto, a su infernal propósito, la más fiera resistencia. En este estado de ánimo, mis cabellos se erizaban como espinas sobre mi cabeza. Toda mi persona era presa de un sudor frío, que, helando la sangre en las venas, lo sentía penetrar hasta la médula de los huesos; y los nervios contraídos me hacían producir ciertos movimientos convulsivos por el temor.

Otras veces me sentía llevada a tales tentaciones de suicidio que, encontrándome junto a algún pozo, me sentía impulsada a echarme abajo; o bien al ver un cuchillo u otra cosa mortífera, sentía deseos de matarme con ellos para poner fin a tal estado de vida. Sin embargo, consciente yo del arte diabólico, huía, evitando así el peligro en que me veía; pero me tocaba oír estas voces diabólicas: *Tu vida es inútil después de haber cometido tantos pecados. Tu Dios te ha abandonado, porque le has sido infiel.* Y mientras decían esto, me hacían creer como si realmente hubiese cometido tantas maldades...

¿Y qué decir del demonio adverso a la comunión? Intentaba convencerme de que, después de tantos pecados de odio contra Dios, era una descarada osadía acercarme a recibir al Dios sacramentado y que, si me atrevía a comulgar, Jesús no vendría a mí, sino el más nefando demonio, que, después de crueles tormentos, me causaría la muerte eterna.

Otras veces, por la noche, mientras trataba de orar o meditar, los demonios primero me apagaban la lámpara, y luego emitían ruidos tan desgarradores, o bien voces tan lastimeras como si vinieran de moribundos, que me hacían asustar y omitir la oración. Es imposible decir lo que hacían estos perros infernales contra mí, no solo para infundirme terror, sino, además, para hacerme dejar de lado cualquier bien espiritual, en el transcurso de cerca de tres años en los que sufrí esta dura lucha ⁹, excepto alguna semana de tregua. Quien no ha sido sometido por el Señor a tan diabólicos combates, ciertamente con dificultad creará en dichas pruebas lamentablemente soportadas por mí; a quien me preste fe y quiera saber cómo llegaron a cesar esas pruebas, le diré cómo el Señor, mi Jesús, en una comunión que hice, me enseñó el modo que se ha de emplear para alejar a estos espíritus infernales. He aquí cómo: reducirlos a su extremo envilecimiento, no solo despreciándolos y no haciéndoles ningún caso, como si fueran menos que las mismas hormigas, sino también concentrándome totalmente en Dios por medio de la oración y la contemplación, introduciéndome especialmente en las sacratísimas llagas de Jesús.

Y en verdad, no bien comencé a hacer cuanto Jesús me había enseñado, sentí infundírseme tanta fuerza y valor que se atenuó en pocos días todo temor. Por lo tanto, cuando los demonios hacían estrépitos y alborotos, les decía con desprecio: *Bien se ve que vosotros, infelices, no tenéis otro oficio que éste y para pasar el tiempo os ejercitáis en tonterías y disparates. Proseguid no más, que cuando estéis bien cansados, tomaréis reposo... Yo, mis despreciables, tengo que hacer algo muy distinto, porque por medio de la oración quiero abrirme camino para introducirme en las llagas sacratísimas de Jesús, a fin de obtener más amor al sufrimiento.*

Y ellos, más furiosos, hacían alborotos más fuertes, se acercaban y, afectando ostentación de violencia, fingían acercarse a mí para llevarme consigo, mientras sus bocas de infierno vomitaban un hedor horrible y un tufo tan sofocante, que, infestando toda mi persona, me causaba internamente un escalofrío que trataba de reprimir dándome ánimos, y con fuerza les decía: *¡Sí que sois embusteros! Fingís tener poder sobre mí para llevarme con vosotros, pero si eso fuese verdad, lo habríais hecho desde el primer día; pero como todo esto es falso, porque lo que os da el Altísimo Dios es todo para mi mayor bien, por eso cantáis siempre el mismo estribillo, hasta que no reventéis de rabia y de enojo... Yo entre tanto me valgo de todos vuestros tormentos para obtener el mayor número de conversiones de pecadores, ya que para este efecto he aceptado del buen Jesús el padecer, solo a condición de poder aplicar mis sufrimientos en provecho de las almas, por medio de mi voluntad identificada con la de Dios.*

⁹ Desde los 13 o 14 años hasta los 16, en que aceptó el estado de víctima.

Ante estas palabras, se ponían ellos a aullar y a gruñir como perros atados a la cadena, que la quisieran despedazar para abalanzarse en seguida contra el ladrón que se avecina. Y yo con más calma que antes, les decía: *Qué, ¿no tenéis más que hacer? Habéis errado vuestras cuentas ciertamente, ya que no dais con vuestros cálculos, pues se os ha arrebatado un alma que, arrepintiéndose, ha vuelto a los brazos de Jesús, mi Bien; por eso tenéis razón de lamentaros.*

Y, si lanzaban silbidos de lamentos, yo como si los compadeciera, burlándome de ellos les decía: *Los pobres desgraciados no se sienten bien. Por eso quiero procuraros un verdadero alivio a vuestro mal tan grande; y de inmediato me postraba a orar con fervor por la conversión de más obstinados pecadores, haciendo por ellos muchos actos de amor a mi misericordiosísimo Jesús, pidiéndole en correspondencia las almas más perversas...*

Finalmente comprendieron que no había para ellos esperanza de obtener nada, y más bien advirtieron que hacían grandes pérdidas de almas. Por eso comenzaron a hacer largas treguas, a fin de reemprender el áspero combate cuando yo menos lo esperara”¹⁰.

ACEPTA SER VÍCTIMA

“Comenzó para mí una nueva vida de sufrimientos que intentaré referir del mejor modo. La familia, viéndome muy deteriorada, quiso llevarme al campo para hacerme recobrar la salud; pero Dios ahí me llamaba para someterme a un nuevo estado de vida. Encontrándome, pues, en el campo, los demonios, un día quisieron hacer la última tentativa, que me resultó tan penosa que me hizo perder las fuerzas y desmayarme, tanto que hacia la tarde perdí totalmente los sentidos, quedándome reducida casi a un estado de muerte y en esto se me hizo ver Jesús rodeado de innumerables enemigos, entre los cuales había unos que lo golpeaban ásperamente, otros le daban bofetadas y entre otros uno que le clavaba las espinas en la cabeza, otro que le rompía las piernas y los brazos y lo maltrataron de tal modo que lo redujeron casi a pedazos; y después, todo molido, lo pusieron en brazos de la Virgen Santísima. Y como esto ocurrió no muy lejos de mí, la Virgen Madre, después de tomarlo en sus brazos, toda ella dolorida y desatada en un mar de lágrimas, me invitó a acercarme diciéndome: *¿Ves, hija mía, a qué me lo han reducido a mi Hijo? Considera un poco cómo tratan los hombres a su Señor, Creador y sumo Benefactor: no le dan tregua ni reposo y ahora me lo dan todo deshecho. Considera las enormes ofensas que cometen tratándole de este modo, y los terribles castigos que Dios, su Padre, lanzará sobre ellos.*

¹⁰ Vol 1, pp. 63-77.

La Santísima Virgen, viéndome tan conmovida, me dijo todavía llorando: *Acércate a besar las llagas de mi dulcísimo y sumo Bien. Dime: ¿Quisieras hacerte víctima por su amor? ¿Quisieras sufrir en vez de él? Ofreciéndote tú como víctima le darás alivio y consuelo. ¿Estás dispuesta a este sacrificio por amor a él, que tanto te ama?* ¹¹.

Me acerqué a besar las llagas de mi Jesús y conforme las besaba se cicatrizaban y sanaban. Y mi Señor, que poco antes me parecía casi muerto, recobró nueva vida y al mismo tiempo en mi corazón me decidía a hacerme víctima, aunque tuviera que sufrir mil atroces muertes” ¹².

PROBLEMAS CON LA FAMILIA

“Al principio este estado de víctima fue para mí doblemente angustiados, ya sea por lo que sufría para complacer a mi buen Jesús, ya también por las continuas inquietudes que se me presentaban de parte de la familia, pues ésta, al verme sufrir tanto y sin poder lograr inducirme a tomar algo de alimento, persistía en creer que yo me había procurado este mal por no querer ya permanecer en el campo y, naturalmente, atribuían todo rechazo de alimento a un mero capricho mío y para hacer que volviéramos en seguida a la ciudad. Por este doble motivo de sufrimientos, mi naturaleza quería resentirse, ya que no era verdad lo que me atribuía la misma familia...

Una noche, mientras estábamos en la mesa y yo en tal estado de sufrimientos que no podía abrir la boca para tomar ningún alimento, la familia, primero a buenas y después con enojo, me instaba a obedecer, pero yo, como no podía contentarla, me puse a llorar y para no ser vista me dirigí a otra habitación y allí seguí llorando y suplicando a mi Jesús y a la Virgen Santísima que me concedieran ayuda y fuerza para soportar esta prueba; pero mientras hacía esto perdí los sentidos, exclamando de corazón: *Oh mi buen Dios, ¡qué dura pena es el tener que soportar a la familia, irritada conmigo por tan injusta causa! No permitas que tengan que verme más en este estado de sufrimientos, porque siento tal vergüenza de ser vista en este estado, que preferiría más bien la muerte que hacer conocer lo que pasa entre nosotros. Y esto lo siento tan vivamente en mí, sin saber decir el porqué, que no puedo menos de ir a esconderme en sitios donde no pueda ser vista de nadie. Cuando luego me veo sorprendida de improviso y tanto que no tengo tiempo de ocultar mis penas y mis dulces y amargas lágrimas, me siento como aniquilar y disolverse mi ser como nieve al*

¹¹ Ella tenía 16 años.

¹² Vol 1, pp. 80-82.

fuego, y en este estado, siento en mí un no sé qué de calor no natural, que primero me hace derramar copioso sudor y luego me hace helar y temblar de frío. Ah, mi buen Jesús, tú solo puedes remediar este estado mío, haciéndome permanecer siempre oculta a las miradas de los demás, y haciendo creer a mi familia que yo me aparto de ellos solo para orar y no por otro motivo; y que este anhelo sea conocido solo por ti, mi Dios.

Volviendo en mí, advertí que estaba rodeada de personas de la familia que lloraban y se conturbaban, temiendo que me encontrase al final de la vida. Por eso se apresuraron a llevarme a la ciudad, a fin de hacerme examinar por los médicos... El médico juzgó que mi enfermedad no era otra cosa que un hecho totalmente nervioso y por tanto me ordenó medicinas, paseos, baños fríos y continuas distracciones y entre tanto recomendó a todos que se cuidaran bien de no moverme en lo más mínimo durante el período de adormecimiento, pues en caso contrario más bien me destruirían en vez de aliviarme, si quisieran ponerme en otra posición distinta de aquella en que me encontraba ¹³.

Entonces, se suscitó de parte de la familia, una tácita y disimulada guerra, pues había quien me impedía ir a la iglesia, quien me quitaba la libertad con su continua compañía incluso en casa; quien me presionaba para hacerme tomar las medicinas y todos los demás expedientes ordinarios del médico y quien, finalmente, quería hacerme la guardia hasta en la noche. Después de lo cual les fue fácil a ellos percatarse de todo lo que me sucedía muy a menudo.

Después de un largo período, sin poder más me animé a lamentarme así con mi Señor: *¡Oh, cuán penoso me es, mi amado Jesús, el modo como se porta conmigo mi familia, porque ha llegado a privarme aun de las cosas para mí más queridas. En efecto estoy privada de todo y hasta de tus mismos sacramentos! ¿Quién jamás habría pensado que yo tuviera que llegar a este estado de vida, sin poder más acercarme a ti en el sacramento, ya sea para visitarte, ya para recibirte sacramentalmente? ¿Quién sabe dónde irá a acabar este estado de vida! Dame tú, oh Jesús, nueva ayuda y fuerza, de lo contrario la naturaleza me vendrá a menos...*

Entre tanto la familia, viendo que a nada conducían los remedios ordenados por el primer médico, procuró hacerme visitar todavía por otros, que

¹³ De aquí en adelante cuando Luisa era arrebatada a la contemplación de Jesús, caía en un estado de petrificación física; su cuerpo quedaba privado de toda función vital y como *congelado*, lo que ocurría casi todas las noches. Salía del cuerpo y volvía a la vida solo cuando al otro día, le daba la obediencia un sacerdote, la mayoría de las veces el confesor. De todos modos, las diversas visitas médicas no dieron resultado: En Luisa no había ninguna enfermedad; y permaneció en cama ante todo por el hecho de que era sorprendida por el adormecimiento y luego por el estado continuo de sufrimientos como víctima.

no lograron mejorar mi salud; y yo, derramando siempre amarguísimas lágrimas, le decía a mi amable Jesús: *Señor, ¿no ves cómo mis sufrimientos se hacen cada vez más patentes a todos? No sólo la familia, sino también los extraños saben mis cosas, y yo, me veo por esto totalmente confundida. Me parece que todos los que me ven me señalan con el dedo, como si hubiese cometido alguna maldad o bien como si mis sufrimientos fuesen los más contagiosos, lo que me hace experimentar penas indecibles; yo no sé decirte en verdad qué ha sucedido en mí, pues muchísimas veces vuelven a agitarme estas malas aprensiones, que, al fin, si se va al fondo, son falsas. Tú solo, oh Jesús, puedes liberarme de esta notoriedad y de esta aprensión mía. En ti está el hacerme padecer a ocultas. ¡Te ruego, escúchame favorablemente!...*

Como no se conseguía nada con medicamentos, se pensó en llamar al confesor con el fin de confesarme. Habiendo venido éste y al encontrarme en estado de casi petrificación, me dio la obediencia de abandonar el estado de adormecimiento mortal y, haciéndome la señal de la cruz, me ayudó a salir del entorpecimiento nervioso. Cuando me recobré del todo, me preguntó: *Dime, ¿qué es lo que tienes?* ¹⁴.

Y yo, callando lo medular, le dije solo: *Padre, esto debe ser cosa del demonio.* Y el confesor, sin otra pregunta y sin ninguna vacilación, me dijo: *No temas, que no es el demonio y, si lo fuera, el sacerdote en nombre de Dios lo expulsaría de ti.* Entonces logró darme el usual movimiento de los brazos, y hacerme abrir libremente la boca y hacerme tomar algún alivio.

Habiéndose luego retirado el confesor, me puse a considerar que todo lo que se había obrado en mí había que atribuirse a la santidad de este santo sacerdote y lo tuve casi por un milagro, tanto que entre mí y con enorme contento, decía: *Mira, si hubiese durado un poco más de tiempo en aquel estado, ciertamente habría puesto fin a mi vida, mientras que ahora, me siento renacida a nueva vida.*

Después se restableció mi salud y durante otro período pude ir a la iglesia, para cumplir mis deberes religiosos ¹⁵. En este intervalo, al comulgar y recibir a Jesús en el sacramento, él me decía cuándo debía ser puesta a participar de sus penas y sufrimientos y muchas veces me determinaba la hora en que debía venir él a participármelas; anunciadas las penas y luego participadas por Jesús y sufridas por mí, no pensaba yo decírselo al confesor, pues creía que al solo pensamiento de querer manifestarlo al confesor, me volvería el alma más

¹⁴ Luisa tiene 17 años en 1883 y empieza a estar en cama por temporadas. A los 22 años (desde principios de 1888) quedará en cama definitivamente.

¹⁵ Iba a su parroquia, Santa María Greca. Fue entonces cuando se hizo terciaria dominicana con el nombre de Magdalena. Tenía 18 años.

soberbia de este mundo, aunque consciente de la santidad de mi padre espiritual y esto por un lapso de tiempo, ya que del estado de sufrimientos participados por Jesús me recobraba sin ninguna ayuda humana, pues todo lo hacía Jesús. Después ocurrió que, al comunicarme Jesús sus penas y dolores, ya no pude como antes recobrarme por mí misma, tanto que la familia tuvo un día que mandar a buscar de nuevo al confesor, el cual después de haberme hecho recobrar los sentidos, me dijo: *De ahora en adelante, cuando vayas a la iglesia o antes de comulgar o cuando hayas terminado la acción de gracias, ven al confesionario, a fin de darte la bendición de gracia, para hacer que siempre te recobres del estado de sufrimiento, sin que yo vaya a tu casa.*

Una mañana, entre otras, el Señor, después que recibí la santa comunión, me dio a entender que en el día sería sorprendida por el estado de adormecimiento total, ya que me invitaba a hacerle compañía participando de las penas que sufría por las ofensas de los hombres malvados. Y yo, sabiendo que el confesor no estaba en la ciudad, le dije en seguida: *Mi buen Jesús, si quieres comunicarme tus penas, tú mismo deberás tener la bondad de hacerme recobrar, pues en caso contrario la familia no podrá enviar por el confesor, porque éste se encuentra en el campo.* El Señor, todo bondad, me dijo: *Hija mía, tu confianza debe estar puesta toda en mí.*

No pude oponer mis palabras a las suyas y por eso tuve que resignarme a su santa voluntad y ofrecí la comunión ya hecha como la última de mi vida; dando, pues, el último adiós a Jesús en el sacramento, salí de la iglesia y si bien resignada, sentía no obstante cierto desconsuelo en mí, pensando en lo que estaba por sucederme; por eso todo ese día no hice otra cosa que llorar y pedir al Señor que me comunicara nueva gracia para hacerme recobrar en caso de que estuviese por perder los sentidos. Y de hecho, ese mismo día fui sorprendida por aquel estado mortal, que me resultó demasiado amargo, porque con una cruz nueva y pesadísima me encontré reducida a ese estado; cruz que yo misma juzgo y estimo como la más grave y pesada de cuantas he debido sufrir hasta este momento.

Mientras entré a ese estado de mortal sufrimiento, me resigné del todo a hacer la Voluntad de Dios y a disponerme a bien morir. La familia entre tanto, viéndome en ese estado y que sufría tanto, trató de enviar por otro sacerdote, que tal vez podría tener la caridad de hacerme recobrar; pero quién por una razón, quién por otra, casi todos a quienes se les pidió cooperar, rehusaron venir a casa y así tuve que pasar la friolera de diez días en esa continua petrificación de vida mortal, pero sin morir. Finalmente al undécimo día, se prestó el confesor con quien me había ido a confesar para la primera comunión, cuando yo era todavía

pequeña¹⁶. Este vino y me hizo recobrar, como la otra vez me había hecho volver en mí, mi propio confesor.

En esta recuperación comprendí dos cosas: la una que no era la santidad sola del sacerdote la que me hacía recobrar los sentidos, sino sobre todo la potestad dada por Dios al sacerdote, como su ministro; y la segunda cosa que aprendí fue el advertir los designios de Dios sobre mí, que era para involucrarme en la vida de sus ministros.

Desde aquí tuve una larga guerra de parte de los sacerdotes, y hubo en efecto quien dijo que todo mi estado era una ficción y esto para hacerme tener por santa; uno decía que yo era merecedora de palos y así no tendría ya que caer en ese estado de verdadero fingimiento; otro me creía endemoniada y alguno decía muchas otras cosas más, no hablar de las cuales es siempre bueno. Por eso yo no sabía cómo proceder, ya que si la familia, para no hacerme padecer tanto en ese estado, consideraba su deber ir en busca de algún sacerdote para hacerlo venir, Dios sabe a cuántos extraños rechazos se vio sometida, al punto que ya no podía más, en especial mi pobre madre que por mí ha derramado un río de amarguísimas lágrimas... En cuanto a mí, callo; solo digo que el Señor perdone a todos los que me han dado motivo de mayor sufrimiento y recompense centuplicadamente a los que han sufrido conmigo, especialmente a mi madre.

Imagínese, pues, cuán amarga me ha resultado esa sujeción: que para recobrarme debía tener absoluta necesidad del sacerdote”¹⁷.

POR LAS ALMAS DEL PURGATORIO

Jesús me transportó fuera de mí a las cercanías de un lugar profundo, lleno de fuego líquido y tenebroso. Daba horror y espanto el solo verlo. Jesús me dijo: *Aquí está el purgatorio y en este fuego están hacinadas muchas almas. Tú irás a este lugar a sufrir, para liberar a aquellas almas que me agradan y esto lo harás por amor mío.*

Aunque un poco temblando, le dije enseguida: *Todo por amor vuestro, estoy pronta, pero Vos debéis venir conmigo.* Y él: *Si voy contigo, ¿cuál sería tu purgatorio? Aquellas penas, con mi presencia, para ti se cambiarían en goces y en contentos.*

¹⁶ El canónigo D. Michele De Benedictis.

¹⁷ Vol 1, pp. 88-89; 92-97: 99-104.

Y yo: *No quiero ir sola. Mientras vayamos a aquel fuego, Vos estaréis a mis espaldas. Así no os veré y me pondré a sufrir.* Me dirigí, pues, a aquel fuego lleno de densas tinieblas, y él me seguía detrás; yo, por temor de que de nuevo me dejase, le tomé las manos y las tuve pegadas a mis espaldas. Una vez llegada allá abajo, ¿quién puede decir las penas que sufrían aquellas almas? Son ciertamente indecibles para personas vestidas de carne humana. Pues visitando yo aquel fuego, se iba apagando y se disipaban las tinieblas, y muchas almas salían de allí y otras quedaban aliviadas. Después de haber estado como un cuarto de hora, salimos de allí”¹⁸.

Hemos salido, y Jesús se lamentaba, y yo rápidamente le he dicho: *Dime mi Bien, ¿por qué te lamentas? Amado vida mía, ¿tal vez he sido yo la causa porque no he querido ir sola a ese lugar de penas? Dime, dime, ¿has sufrido mucho al ver a esas almas sufrir? ¿Qué cosa sientes?*

CAPÍTULO SEGUNDO DONES SOBRENATURALES

DESPOSORIO

“Un día Jesús, volviéndome a besar afectuosamente, sacó de su Corazón un anillo diciéndome: *Mira bien y contempla este anillo que te he preparado para cuando haga contigo mis nupcias, porque te desposaré. Por ahora te ordeno que continúes viviendo en el estado de víctima y quiero que digas al confesor que es mi Voluntad que continúes viviendo en este estado de sufrimientos. Como señal evidente de que soy yo el que te habla, sabe que la guerra interrumpida entre Italia y África continuará todavía, hasta que él no dé la obediencia de mantenerte en el estado de víctima, por el cual no sólo no la haré continuar, sino que también cuanto antes vendrá la pacificación de ambas partes.*

Después de cuatro meses, el confesor leyó en los periódicos noticias precisas acerca de la mencionada pacificación, anunciada antes por Jesús y viniendo a mí, me dijo: *Sin daño alguno de ambas partes, se ha terminado la guerra pendiente entre Italia y África, pacificándose del todo las dos.*

Este hecho, anunciado antes y verificado después, hizo que el confesor quedase convencido de la intervención de lo Alto y me dejó en la paz, que no se puede tener cuando se pone resistencia al Querer de Dios.

¹⁸ Vol 3, p. 26; 28 de noviembre de 1899.

Mi buen Jesús desde entonces, no hizo otra cosa que predisponerme al místico desposorio que ya me había prometido, visitándome con más frecuencia y cuándo tres, cuándo cuatro y más veces al día, conforme era de su agrado; y más aún, a veces realizaba un continuo ir y venir. Me parecía que actuaba como un enamorado que no puede estar sin pensar en su esposa, sin amarla y visitarla muy a menudo, tanto que llegaba a abrirse conmigo diciéndome: *Mira, te amo tanto que no sé estar sin venir a ti. Me siento casi inquieto sin verte y hablarte de cerca y abiertamente, pensando que tú estás sola sufriendo tanto por mi amor. Por eso he venido a ver si tienes necesidad de alguna cosa.*

Y diciendo así, me levantaba él mismo la cabeza, me acomodaba la almohada, me rodeaba el cuello con su brazo y abrazándome me besaba y volvía a besar muchas veces; y como entonces estábamos en verano, para mitigarme el demasiado calor, emanaba de su suavísima boca un hálito que me aliviaba por entero o bien agitaba alguna cosa que tuviera en la mano y alguna vez también un borde de la sábana que me cubría, para que me refrescase y luego inmediatamente me preguntaba: *¿Cómo te sientes ahora? Ciertamente que te sentirás mejor, ¿no es verdad?*

Y en respuesta le decía: *Tú lo sabes, mi amado Jesús, que de cualquier modo que estés conmigo, estoy siempre bien.* Y cuando al venir me encontraba débil de fuerzas por los continuos sufrimientos, en especial cuando el confesor venía hacia la noche, se me acercaba y de su boca derramaba en la mía un licor lácteo o bien me hacía apegarme a su sacratísimo costado, del cual me hacía tomar torrentes de dulzura y de fuerza, los cuales luego me hacían probar delicias de paraíso. Y viéndome en este estado de suma delicia, me decía con toda su inefable Bondad: *Quiero ser precisamente yo tu Todo, haciéndome saludable alimento, no solo de tu alma, sino también de tu cuerpo.*

¿Quién puede expresar con verdad todo lo que yo experimenté de celestial amor después de tantas insólitas gracias del paraíso? Si yo tuviera que decir todo, como el dulcísimo Jesús me las había comunicado, no solo me haría pesada, sino que me alargaría demasiado, con lo que no tendría tiempo de poderlas referir, ni el confesor de poder oírlas todas...

Después de una larga espera y una diligentísima preparación, con mezcla de suavísimas consolaciones y de no poco padecer, llegó finalmente el suspirado día de la mística unión con Jesús, amado esposo de mi alma. Como bien lo recuerdo, faltaban pocos días para que se cumpliera el año en que Jesús me tuvo continuamente en cama. Era el día de la Pureza de María Santísima ¹⁹. La noche

¹⁹ Era el 16 de octubre de 1888.

precedente, mi amante Jesús se me hizo ver con insólito afecto y todo festivo y hablándome con mayor intimidad, tomó en sus manos mi corazón, lo miró y volvió a mirar muchas veces y después de haberlo examinado bien y, como desempolvado, lo puso de nuevo en su puesto; luego tomó una vestidura de extrema belleza, que parecía como si tuviera un fondo todo de oro finísimo, mezclado con varios colores y me vistió con ella; tomó además dos preciosas joyas, como si fueran aretes y enjoyó mis orejas; me adornó el cuello y los brazos con collares de oro y de joyas preciosas y luego me ciñó la cabeza con una bellísima corona de inmenso valor, enriquecida de joyas las más preciosas, resplandecientes de vivísima e insólita luz. Me parecía a mí que aquellas luces producían entre ellas un sonido tan armonioso que con claras notas hacían comprender que hablaban de la belleza, del poder, de la bondad, de la caridad y majestad de Dios y de todas las virtudes de la humanidad de mi Esposo Jesús...

¿Quién puede referir lo que yo comprendí mientras mi alma nadaba en un mar inmenso de consolación? Sería del todo imposible de expresarse. Paso por eso a declarar lo que me decía Jesús, mientras me ceñía la frente: *Dulcísima esposa, esta corona con que te ciño la frente te es dada por mí a fin de que nada te falte para hacerte digna de ser mi esposa; pero me la cederás después de cumplido nuestro desposorio, para devolvértela en el cielo en el momento de tu muerte.*

Finalmente, Jesús tomó un velo, con el que me cubrió desde la cabeza a los pies y así me dejó en la consideración más profunda de mí misma, en la de tan precioso ropaje y adornos puestos por el mismo Jesús a mi mísera persona... Solo digo que el velo con el que me cubrió Jesús desde la cabeza a los pies fue de pánico para los demonios, los cuales mientras observaban cuanto Jesús hacía en mi persona, no bien me vieron cubierta con el velo, se quedaron asustados y aterrados a tal punto que no se atrevieron no solo a acercarse a mí, sino que se dieron a la fuga llenos de espanto, para no molestarme más, habiendo perdido toda su audacia y temeridad...

A la mañana siguiente, lleno de Majestad, vino Jesús a mí con más insólita afabilidad y dulzura, junto con María Santísima y santa Catalina ²⁰ e hizo señas a los ángeles para que cantaran un dulcísimo himno, todo celestial; y mientras ellos cantaban, santa Catalina se acercó a mí para asistirme en la celebración de mis nupcias místicas con Jesús, mientras mi dulce Madre María Santísima, reanimándome dulcemente, me tomó la mano para hacer que Jesús me pusiera en el dedo el preciosísimo anillo nupcial. Cumplido este acto, Jesús, con su más inefable bondad, me abrazó y me besó muchas veces e hizo que hiciera lo mismo también su Madre y Madre mía Santísima. Me mantuvo después en un

²⁰ Santa Catalina de Siena está presente, quizás porque es terciaria dominica y doctora de la Iglesia.

celestial coloquio de amor, en el que me manifestó todas las finezas y atractivos de amor que él siente hacia mí; y yo, sumida en la más grande confusión, considerando la nulidad de mi amor, le dije: *Jesús, te amo; tú sabes cuánto te amo.*

En seguida la Santísima Virgen me hizo considerar y luego comprender bien la extraordinaria gracia que Jesús me había hecho, uniéndome indisolublemente a él, y me exhortó a la más tierna correspondencia de amor que debía tener para con mi siempre amable Esposo Jesús... ¿Quién puede ahora referir las finezas de amor que mi amable Jesús me ha prodigado desde el día de nuestro desposorio místico?"²¹.

MATRIMONIO ESPIRITUAL

Según refiere san Juan de la Cruz, en el desposorio del alma con el Verbo, *el esposo le hace al alma grandes mercedes y la visita amorosísimamente muchas veces, en que ella recibe grandes favores y deleites. Pero no tienen que ver con los del matrimonio, porque todos aquellos son disposiciones para la unión del matrimonio*²².

*El matrimonio es una transformación total en el Amado, en que se entregan ambas partes por total posesión de la una a la otra, con cierta consumación de unión de amor, en que está el alma hecha divina y Dios por participación, cuanto se puede en esta vida..., de donde éste es el más alto estado a que en esta vida se puede llegar. Consumado este matrimonio espiritual entre Dios y el alma son dos naturalezas en un espíritu y amor*²³.

Algunos santos hablan de endiosamiento, de trinificación o cristificación (unión total de voluntades hasta hacerse el alma y Cristo en la Trinidad una unión indivisible al igual que cuando dos llamas de fuego se unen. San Juan de la Cruz dice que es como *cuando la luz de la estrella o de la candela se junta y une con la del sol, que ya el que luce, ni es la estrella ni la candela, sino el sol, teniendo en sí fundidas las otras luces*²⁴. Dicho de otra manera, diríamos que la voluntad del ser humano y la de Dios se unen en una de modo inseparable, pues están totalmente identificados, dos voluntades en una, dos amores en uno, distintos y unidos lo finito y lo infinito, lo humano y lo divino, identificados de modo que la voluntad humana y el amor humano quedan absorbidos por el amor y la voluntad divina.

²¹ Vol 1, pp. 137-141; 165-169; 173.

²² Llama de amor viva II, 25.

²³ Cántico espiritual XXII, 3.

²⁴ Ibidem.

La mañana del 7 de septiembre de 1889, a los 11 meses del desposorio, Jesús quiso realizar con Luisa el matrimonio espiritual con la confirmación del Padre y del Espíritu Santo en presencia de toda la corte celestial. Ella escribe: “Me intimó que yo misma tenía que prepararme bien para tan señalada gracia. Por mi parte, hice cuanto estaba en mí para disponerme bien, pero supliqué al Altísimo Artífice que él mismo pusiese mano a la obra de la más santa purificación de mi alma. De lo contrario nunca habría logrado hacerlo como se me pedía.

Mi siempre amable Jesús... en un santiamén me sacó fuera de mí y mi alma, siguiendo los atractivos deliciosos de su amor, superaba junto a él, toda dificultad que se encuentra al atravesar los cielos. Y casi sin advertir el trayecto efectuado desde la tierra se encontró en el paraíso en presencia de la Santísima Trinidad y de toda la corte celestial para en seguida proceder a la renovación del místico desposorio, realizado ya en la tierra entre Jesús y mi alma el día de la fiesta de la Pureza de la Virgen María, su madre, la cual, unida a santa Catalina, asistió a la primera ceremonia. Jesús sacó un anillo adornado con tres preciosísimas piedras, la primera blanca, la segunda roja, la tercera verde. Después lo entregó al Padre, el cual lo bendijo y luego lo devolvió a su Hijo Unigénito y mientras el Espíritu Santo me sostenía la mano derecha, Jesús puso en mi dedo anular el mencionado anillo y luego de inmediato fui admitida al beso de las Tres divinas personas, las cuales, una después de otra, me impartieron una especial bendición ²⁵.

¿Quién podría expresar la confusión que experimenté, ya sea cuando me encontré en presencia de la Santísima Trinidad, ya durante la realización de dicha ceremonia? Digo únicamente que el encontrarme en presencia de la Santísima Trinidad y el caer de bruces en tierra fue un solo acto, y habría quedado así postrada quién sabe cuánto, si mi Jesús, esposo de mi alma, no me hubiese reanimado y levantado para ponerme en pie en su presencia; lo cual producía de una parte el máximo júbilo y contento a mi corazón; de otra, me sentía como abrumada y aniquilada delante de tanta Majestad, la cual me infundía temor reverencial y alegría inefable e inexpresable en la eterna Luz que emana la Esencia y Santidad de Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo...

Después de pocos días, recuerdo que, al recibir la comunión, haciéndome perder los sentidos del cuerpo con las potencias del alma, advertí que estaba delante de mí la Santísima Trinidad, como la vi en el cielo y en seguida las potencias del alma se postraron a adorarla, haciéndome confesar mi propia nada, ya que entonces me sentí tan hundida en mí misma, que no me atrevía a balbucir

²⁵ Era el 8 de noviembre de 1889. Luisa tenía 24 años.

ni siquiera una palabra, cuando una voz de en medio de Ellos se puso a decirme: *Cobra ánimo, no temas. Estamos para confirmarte como nuestra y tomar total posesión de tu corazón.*

Mientras oía esta voz, vi a la Santísima Trinidad que entraba en mí y se posesionaba de mi corazón, diciéndome: *He aquí que en tu corazón formamos nuestra estable y perenne morada.* Cuál fue el cambio que se produjo en mí, no sabría explicarlo, porque me sentía divinizada, sin vivir ya en mí, sino que los Tres vivían en mí y yo en Ellos, a tal punto que me parecía como si mi cuerpo llegaba entonces a ser habitación del Dios viviente en mí y por tanto sentía la Real presencia de las tres divinas personas, que sensiblemente actuaban en mi interior”²⁶.

Treinta y dos años más tarde, recordando este acontecimiento, Jesús le dice: “Tu familia es la Trinidad. ¿No te acuerdas que, en tus primeros años de cama, te llevé al cielo y en presencia de la Trinidad Sacrosanta realizamos nuestra unión? La Trinidad te dotó con tales dones, que tú misma no los has conocido todavía; y a medida que te hablo de mi Querer, de sus efectos y valor, te voy descubriendo los dones con que fuiste dotada desde entonces. De mi dote no te hablo, porque lo que es tuyo es mío. Y luego, pasados pocos días, las tres divinas personas bajamos del cielo, tomamos posesión de tu corazón y establecimos en él nuestra perpetua morada; tomamos las riendas de tu inteligencia, de tu corazón y de todo tu ser, y cada cosa que tú hacías era un desembocar nuestra voluntad creadora en ti, era confirmar que tú querer estuviera animado por un querer eterno. El trabajo ya está hecho, no falta más que darlo a conocer, para hacer que, no sólo tú, sino también los demás puedan participar de estos grandes bienes. Y esto es lo que estoy haciendo, llamando una vez a un ministro mío, otra vez a otro, incluso a ministros de lugares lejanos”²⁷.

²⁶ Vol 1, pp. 182-183; 193-196.

²⁷ Vol 13, pp. 98-99; 5 de diciembre de 1921.

LAS LLAGAS DE CRISTO

Luisa recibió las llagas de Cristo de modo invisible. Refiere: “Una mañana, finalmente mi amantísimo Jesús se presentó delante de mí, en forma de crucifijo y me dijo que quería verdaderamente crucificarme con él. Y mientras decía esto, vi que de sus sacratísimas llagas salían rayos de luz en los que se descubrían los clavos que se dirigían hacia mí. Entonces era tan grande el deseo de que Jesús me crucificase, que me sentía consumir toda por el amor de padecer, pero en ese momento fui sorprendida por un gran temor que me hizo temblar de pies a cabeza y comenzar luego a sentir tal anonadamiento de mí misma, que me creí del todo indigna de recibir tan rara gracia, por lo cual ya no me atrevía a decir: *Señor, crucifícame contigo*. Jesús, entre tanto, parecía esperar mi consentimiento para comunicarme tan señalada gracia y permanecí un rato en este conflicto; pero mientras en lo íntimo de mi alma sentía un deseo tan grande y ardiente de pedir esta gracia, por otra parte sentía toda mi indignidad y la naturaleza, que temblaba con temor y espanto, se abstenía de pedir a Jesús el ser crucificada. Y en este estado de ánimo, mi amado Jesús me incitaba intelectualmente a aceptar esta gracia, al punto que, conociendo entonces su querer, me animé a decirle: *Esposo Santo y Crucificado Amor mío, te ruego que me concedas al fin la gracia de ser también yo crucificada contigo; y al mismo tiempo te pido que no hagas aparecer exteriormente ninguna señal de la gracia que me haces... Sí, dame pronto todo tu sufrimiento y dolor, dame tus llagas, pero que todo lo que pueda sobrevenirme quede oculto a los demás y que solo lo conozcamos tú y yo*.

Y así me fue otorgada la gracia solicitada; y al momento aquellos rayos de luz, junto con los clavos, se desprendieron de Jesús crucificado y vinieron a herirme manos y pies, mientras otro rayo de luz más resplandeciente, junto con una lanza, vino a traspasarme el corazón.

¿Quién podría explicar mi gran contento y al mismo tiempo mi dolor, sobre todo otro dolor, que experimenté en aquel feliz momento? Al igual que el gran temor y temblor que poco antes había invadido mi alma, fue grande la paz, el contento y el dolor que experimenté; y este último fue tan agudo y lo sentía en las manos, en los pies y en el corazón, que me hacía presentir ya próxima la muerte... Sentía que los huesos de las manos y los pies se rompían en pequeñísimos pedazos, porque experimentaba la acción del clavo dentro de cada herida; pero no puedo menos de afirmar también que esas llagas me procuraban tan dulce contento que no sé expresarlo con palabras y mi asombro se hizo vivísimo al sentir que se me comunicaba tal energía y fuerza que, mientras por el dolor me sentía morir, al mismo tiempo era sostenida y fortificada por el mismo dolor de modo que no me hacía morir. Es más, mientras exteriormente no aparecía nada, en mi cuerpo sentía los más angustiosos dolores; y cuando vino el

confesor para llamarme a la obediencia y tuvo que aflojarme los brazos, que por la contracción de los nervios estaban petrificados, experimenté dolores mortales en los puntos donde los rayos de luz junto con los clavos y la lanza me habían tocado. Y el confesor mandó por obediencia que estos dolores cesaran en seguida; y en efecto, siendo tan agudos que me hacían perder totalmente los sentidos, al instante se mitigaron en gran manera”²⁸.

El padre Bernardino Giuseppe Bucci preguntó un día a su tía Rosaria, que estuvo 40 años al lado de Luisa, si había visto sus llagas y respondió: *Eran internas y sólo yo y pocas personas más las hemos visto. Entre éstas, los confesores y las hermanas Cimadomo y me parece que también su sobrina Giuseppina. En efecto, si se tomaba la mano de Luisa y se la ponía frente al sol, era visible el agujero interno. Muchas veces, cuando entraba yo de noche en su habitación, la encontraba toda llena de sangre. De los pies, de las manos y del costado salía sangre hasta el punto de que impregnaba la camisa que vestía y la cama. A veces la sangre llegaba hasta el suelo. No sólo el cuerpo, sino también la cabeza y el rostro estaban llenos de sangre: parecía un Cristo crucificado. Las primeras veces me llevé una fuerte impresión, creyéndola muerta desangrada, y corrí a tomar toallas para limpiarla, pero al volver la encontraba totalmente limpia, a excepción de la sábana. Todo había desaparecido. Este fenómeno sucedía dos o tres veces al año*²⁹.

MUERTE DE SUS PADRES

Luisa escribe: “Estaba pidiendo a mi Jesús que se llevara a mi mamá al paraíso sin pasar por el purgatorio. El día 19 de marzo de 1907, día consagrado a san José, por la mañana encontrándome en mi habitual estado, mi mamá pasaba de esta vida al ambiente de la eternidad y el bendito Jesús haciéndome ver que se la llevaba, me ha dicho: *Hija mía, el Creador se lleva a la criatura.*

En este momento me he sentido consumir, por dentro y por fuera, por un fuego tan vivo que sentía quemar las vísceras y todo el cuerpo. Si comía alguna cosa, se me convertía en fuego interior y me veía obligada a devolverla en cuanto la comía. Este fuego me consumía, pero me mantenía en vida.

A pesar de todo, en este estado era feliz, pero como no había visto a dónde Jesús se había llevado a mi mamá, mi felicidad no era completa. Por mis mismos sufrimientos pensaba en cuáles serían los de mi mamá, si estuviera aún en el purgatorio.

²⁸ Vol 1, pp. 182-183; 194-196; 200-202.

²⁹ Bucci Bernardino Giuseppe, *Luisa Piccarreta*, Librería espiritual, p. 39.

Entonces, viendo al bendito Jesús, que en estos días casi no me ha dejado sola, lloraba y le decía: *Dulce amor mío, dime: ¿adónde te la has llevado? Yo estoy contenta con que te la hayas llevado, pero, si no la tienes ya contigo, esto no lo tolero y continuaré llorando y llorando hasta que me contestes en esto.*

Parecía que Jesús gozaba con mi llanto, me secaba las lágrimas y me decía: *Hija mía, no temas y tranquilízate y, cuando te hayas tranquilizado, te la haré ver, te pondrás muy contenta. Además, el fuego que tú sientes, te sirve como prueba de que te he contentado.*

Pero yo continuaba llorando, especialmente cuando lo veía, porque sentía en mi interior que todavía faltaba alguna cosa para la bienaventuranza de mi mamá, y lloraba tanto que las gentes que habían venido a visitarme, al verme llorar, creían que lloraba por apego a ella y por haberla perdido y quedaban casi escandalizadas, pensando que yo no me había conformado con la Voluntad de Dios. Y esto en el mismo momento, en que más que nunca, yo nadaba en ella, pero yo no me acogía a ningún tribunal humano, porque todos son falsos, sino sólo al tribunal divino, porque éste es Verdad y el buen Jesús no me condenaba, sino más bien me compadecía y para sostenerme venía más seguido, dándome con esto más ocasiones de llorar, porque si él no hubiera venido, no habría yo tenido con quién llorar para alcanzar lo que quería.

Después de varios días, viniendo el buen Jesús, me ha dicho: *Hija mía, consuélate ya; quiero decirte y hacerte ver dónde está tu madre y como tú, tanto antes como después de habérmela yo traído, me has ofrecido continuamente todo lo que merecí, hice y sufrí durante todo el curso de mi vida en su favor, por esto ella ahora se encuentra tomando parte en todo lo que hizo y gozó mi humanidad, quedándole aún oculta mi divinidad, la que dentro de pronto le será también develada.*

Comprendí que si bien mi madre no estaba con tormentos, sino más bien en gozos, su felicidad no era perfecta, sino como a la mitad. Entonces continué sufriendo durante doce días tanto que me encontré en punto de muerte, pero interponiéndose la obediencia para hacer que ese delgado hilito de vida que me quedaba no se rompiera, volví al estado natural...

Habiendo transcurrido apenas unos diez días desde la muerte de mi madre, mi padre cayó gravemente enfermo y el Señor me hacía ver que también él iba ya a morir. Entonces yo le hice el don anticipado y repetí todo lo que hice por mi madre, para que tampoco a mi padre lo hiciera pasar por el purgatorio, pero el Señor se mostraba más reacio y no me escuchaba, yo temía mucho, no por su salvación, porque el buen Jesús me había hecho la solemne promesa, desde hace

casi quince años, de que de todos los míos ninguno habría de perderse y por eso de esto no temía, sino temía mucho por el purgatorio. Yo le rezaba continuamente, pero el buen Jesús casi no venía, sólo el día en que después de una enfermedad de quince días, mi padre moría, el bendito Jesús se hizo ver todo benigno, vestido de blanco y como si estuviera de fiesta, me dijo: *Hoy espero a tu padre, pero por amor a ti, me haré encontrar por él, no como juez, sino como padre benigno y así lo acogeré entre mis brazos.*

Yo le insistí por lo del purgatorio, pero él, no haciéndome caso, desapareció. Muerto mi padre yo no sentí ningún sufrimiento nuevo, como sucedió a la muerte de mi madre y por esto comprendí que él había ido al purgatorio. Yo rezaba y rezaba, pero Jesús se hacía ver sólo como relámpago, sin darme tiempo de nada y por eso no podía ni siquiera llorar, porque no tenía con quién llorar, pues Aquel que es el único que puede escuchar mi llanto, me rehuía.

Después de dos días de penas internas, vi al bendito Jesús y, al preguntarle por mi padre, sentí que se encontraba detrás de las espaldas de Jesús y que rompía en llanto y pedía ayuda, pero en ese momento desaparecieron.

Yo quedé con un gran dolor en el alma, pero rezaba y rezaba. Entonces, después de seis días, encontrándome fuera de mí misma, me vi dentro de una iglesia en la que había muchas almas purgantes y pedía a nuestro Señor que al menos hiciera venir a mi padre a hacer su purgatorio dentro de esa iglesia, porque veía que las almas purgantes en las iglesias están en constantes consuelos por las oraciones y las misas que ahí se celebran, pero mucho más por la presencia real de Jesús sacramentado, que es para ellas un continuo refrigerio.

En este momento vi a mi padre con un aspecto venerable y a nuestro Señor que lo ponía muy cerca del tabernáculo”³⁰.

³⁰ Vol 7, pp. 108-115; 9 de mayo de 1907.

VISIÓN DEL NIÑO JESÚS

El padre Bernardino Bucci nos dice: *Una señora muy anciana, llamada María Doria, a la que yo conocí, contaba que su madre, coetánea de Luisa, en verano solía ir a la zona de Torre Disperata, a una hacienda cercana a aquella donde vivía la familia Piccarreta.*

Esta señora estaba al tanto de los fenómenos relacionados con Luisa Piccarreta niña; se los había narrado su madre con lujo de detalles. Su madre, en su infancia solía acompañar y jugar con Luisa y con sus hermanas, pues eran amigas íntimas. Muchas veces notaban que Luisa jugaba con un muchacho desconocido. Al principio creían que venía de un caserío cercano. Lo raro era que sólo jugaba y hablaba con Luisa y, después de cierto tiempo, se iba. Las hermanas y las amigas le preguntaban quién era ese muchacho. Ella, sonriendo, no respondía nada. Una vez dijo sí, cuando le hicieron una pregunta pillá: ¿Es tu novio?

Con el tiempo comprendieron que se encontraban ante un fenómeno sobrenatural: se trataba realmente del Niño Jesús, que se manifestaba bajo las apariencias de un adolescente ³¹.

“Un día Jesús se le presentó a Luisa como un niño y le dijo: Yo soy el pobre de los pobres. No tengo dónde estar. He venido a ti, si me quieres tener contigo en tu cuartito. Mira, soy tan pobre que ni siquiera tengo vestidos, pero tú pensarás en todo.

Lo miré bien, era un niño de cinco o seis años, sin vestidos, sin zapatos, sumamente bello y gracioso. Al instante le respondí: Por mí, con gusto te habría acogido, pero ¿qué dirá mi papá? No soy persona libre, que pueda hacer lo que quiero, tengo mis padres que lo impiden. Vestirte, sí puedo hacerlo con mis pobres fatigas. Haré cualquier sacrificio, pero tenerte es imposible. Y luego, no tienes padre, no tienes madre, no tienes dónde estar.

Pero el niño repuso con amargura: No tengo a nadie. No me hagas dar más vueltas, déjame estar contigo. Yo misma no sabía qué hacer, cómo tenerlo. Se me ocurrió una idea: ¡tal vez es Jesús! ¿O será algún demonio? De modo que de nuevo le dije: Dime la verdad, ¿quién eres tú?

Y él repitió: Yo soy el pobre de los pobres. Yo repliqué: ¿Has aprendido la señal de la cruz? Sí. Respondió. Pues bien, hazla, quiero ver cómo la haces. Y

³¹ Bucci, o.c., p. 97.

él se signó con la cruz. Yo añadí: *Y el avemaría, ¿sabes decirla? “Sí, pero si quieres que la diga, digámosla juntos”*.

Yo comencé el avemaría y él la decía conmigo, cuando una luz purísima se desprendió de su frente adorable y conocí que el pobre de los pobres era Jesús”³².

Otra anécdota narrada por el padre Bucci: *Mi hermana Gema era una niña delgada y pequeña. Luisa la quería mucho. El nombre de Gema se lo puso ella. La niña entraba y salía con mucha familiaridad de la habitación de Luisa. A ella le complacía su viveza y le encargaba que recogiera los alfileres que caían al suelo. En una ocasión, la pequeña Gema se escondió bajo la cama de Luisa, tal vez para dar una sorpresa a mi tía Rosaria, y fue testigo involuntaria de un fenómeno místico. Luisa tenía junto a su cama una mesita de noche, sobre la que se hallaba una campana de cristal que contenía al Niño Jesús.*

*En un momento determinado, mi hermana percibió algo insólito: se había creado un gran silencio; no se escuchaba ni siquiera el murmullo de las muchachas que trabajaban en la habitación contigua. Gema, entonces, salió de debajo de la cama y vio que el Niño se había animado y estaba en los brazos de Luisa, que lo besaba repetidamente. Gema no recuerda cuánto tiempo permaneció inmóvil contemplando la escena; sólo recuerda que, en cierto momento, sin que sintiera nada extraño, todo volvió a la normalidad. Mi tía Rosaria entró, como de costumbre, a la habitación, y Luisa estaba bordando, como solía. Este episodio nunca me lo relató mi hermana en su infancia. Conservó celosamente lo acontecido en su corazón. Sólo llegué a saber lo ocurrido por el testimonio (ahora forma parte de las actas) que dio durante el proceso diocesano de canonización*³³.

³² Vol 2, pp. 47-48; 21 de abril de 1899.

³³ Bucci, o.c., pp. 85-86.

BROMAS DE JESÚS

Escribe Luisa: “Para quien no lo sepa, diré que Jesús sabe bromear mucho con las criaturas, como tantas veces ha bromeado conmigo. He aquí cómo: Jesús venía a mí, todo apresurado y me decía: *¿Quieres ahora venir conmigo?* Y yo: *¿A dónde?* Y él: *Al cielo.* Y yo: *¿Me lo dices de verdad? Si es así, ya vamos,* respondía yo, *aunque temo que tú tengas deseos de bromear conmigo.* Y Jesús entonces: *Pues no, pues no; te lo digo de verdad: vamos, que quiero llevarte conmigo.*

Diciendo así atraía mi alma hacia sí, de modo que yo sentía que salía del cuerpo en un santiamén y siguiendo a Jesús alzaba el vuelo al cielo... Oh, cuán contenta estaba entonces mi alma; creía que debía dejar para siempre la tierra, mientras me parecía un sueño la vida transcurrida en el padecer tolerado por amor de Jesús. Él disminuía lentamente la carrera para alargar el tiempo... En vista de esto, en mi interior entraba la sospecha de que no debía ser verdad la entrada que tenía que hacer con él a la patria celestial y decía entre mí: *Esto me parece que es una broma de Jesús.* Y para asegurarme, le decía de cuando en cuando: *Jesús querido, hazlo pronto; ¿por qué has moderado la carrera?*

Y él: *¿Ves allá un pecador que está por perderse? Bajemos otra vez a la tierra; vamos a intentar reducir esa alma a penitencia; quién sabe si se convierte. Roguemos, pues, juntos a mi eterno Padre que use de misericordia con ella; ¿no estás pronta a sufrir cualquier pena por la salvación de un alma que me cuesta tanta sangre?”.*

Y yo, a estas palabras de Jesús, me olvidaba de mí misma, olvidaba la carrera hecha hacia el cielo y respondía a Jesús: *Sí, sí, cualquier cosa que quieras estoy pronta a sufrir con tal que se salve esa alma.*

Entonces Jesús, en un abrir y cerrar de ojos, me hacía encontrarme con él junto al pecador y buscando todas las formas de convertirlo, le presentaba a la mente las más poderosas razones para su salvación y para hacer que se rindiese a la gracia, pero lamentablemente resultaron vanas nuestras esperanzas. Entonces Jesús, muy afligido, me decía: *Esposa mía, ¿quieres tomar sobre ti las penas debidas a él? Si tú entras otra vez al cuerpo para sufrir, la divina Justicia podrá aplacarse y así podré usar con él misericordia. Como ya has visto, nuestras palabras no le han movido en lo más mínimo; ni tampoco las razones; no nos queda hacer otra cosa que sufrir las penas debidas a él, las cuales son los medios más poderosos para satisfacer a la divina Justicia ofendida y para hacer que el pecador se rinda a la gracia de su conversión.*

Así dijo Jesús y al consentir yo a sus palabras, me encontraba de nuevo en el cuerpo. Me es imposible decir qué sufrimientos sentí cuando me encontré en contacto con mi cuerpo: Basta decir que, como si no pudiese ya contener a mi espíritu, sentía que mi cuerpo se expandía y se dilataba todo, mientras al mismo tiempo el espíritu se sentía como comprimido, deprimido y privado de vida y como en acto de exhalar el alma. Solo Jesús era testigo de todo lo que yo sufría entonces y podría decir cuán desgarradoras y atroces penas toleraba mi alma y mi cuerpo.

Pero vive Dios, que después de algunos días de sufrimientos, Jesús me hacía ver a ese pecador convertido, a esa alma ya salvada y me decía: *¿Estás contenta como lo estoy yo? Y yo: Sí, sí*³⁴.

“Una vez, como Jesús no venía, estaba pensando entre mí, tal vez Jesús no venga más y me deje en abandono. Y no decía más que *ven, amado mío, ven*. De improviso vino y me dijo: *No te dejaré, nunca te abandonaré. Tú ven, ven a mí*.

De inmediato yo corrí para ponerme en sus brazos; y estando así, Jesús volvió a decir: *No solo no te dejaré, sino que por tu amor no abandonaré a Corato*. Luego, casi sin darme cuenta, en un instante desapareció, quedándome yo con más deseos de verlo que antes y le iba diciendo: *¿Qué me has hecho? ¿Cómo te has ido tan pronto, sin siquiera decirme adiós?*

Mientras desahogaba mi pena, la imagen del Niño Jesús, que tengo a mi lado, parecía que cobraba vida y de cuando en cuando sacaba fuera la cabeza de dentro de la hornacina, para ver qué estaba haciendo. Cuando veía que me daba cuenta, enseguida se ocultaba dentro.

Yo le dije: *Se ve que quieres portarte como un niño. Me siento enloquecer de pena, porque no vienes y tú te pones a bromear; bien, juega no más y bromea, que yo tendré paciencia*.

“Una mañana mi dulce Jesús quería continuar haciéndome bromas y en su diversión venía, me ponía sus manecitas en la cara en ademán de querer acariciarme, pero cuando iba a hacerlo, desaparecía. De nuevo venía, extendía sus brazos a mi cuello, haciendo ademán de querer abrazarme, pero al extender yo mis manos para abrazarlo, se me escapaba como un relámpago sin que yo

³⁴ Vol 1, pp.179-181.

podiera encontrarlo. ¿Quién puede expresar las penas de mi corazón? Mientras mi pobre corazón nadaba en este mar de dolor inmenso, hasta sentir que me faltaba la vida, vino la Madre Reina, trayéndolo como niño entre sus brazos, y así nos abrazamos los tres juntos, la Madre, el Hijo y yo; de modo que tuve tiempo para decirle: *Mi Señor Jesús, me parece que me has retirado tu gracia.*

Y él: *¡Eres tontita! ¿Cómo dices que te he retirado mi gracia, cuando estoy en ti? ¿Y qué es mi gracia sino yo mismo?*”³⁵.

BELLEZA DE JESÚS

“Pasados cerca de tres meses, desde que me hice víctima perenne, quedándome en mi lecho, para que me fueran comunicadas por Jesús sus penas y dolores juntamente con sus dulzuras, vino él una mañana, con aspecto todo amable de graciosísimo joven, de edad de dieciocho años aproximadamente. Cuán bello era, con aquella su cabellera dorada y toda rizada que bajaba por los lados de la frente y parecía que rizaba y entrelazaba juntos los pensamientos de su mente con los afectos de su Corazón...

Yo lo contemplaba y volvía a contemplarlo en aquel aspecto y no me saciaba de contemplarle y de exclamar: ¡Oh, cuán bellos son sus ojos purísimos, centelleantes de luz todavía más pura, pero no como la de nuestro sol, que si se lo quisiera mirar fijamente heriría nuestra vista! La de mi Jesús, no; mientras es más que luz del sol, se puede fijar muy bien la mirada en él, sin que se debiliten las pupilas de nuestros ojos al mirar aquel esplendor, sino más bien se sienten más fortificadas. Si se fija la vista para ver la pupila de los ojos de Jesús, de un color celeste oscuro, no se puede ya dejar de mirar un prodigio tan misterioso de belleza, pues una sola mirada de Jesús basta para hacerme salir fuera de mí y hacerme correr en pos de él, recorriendo todo camino por valles, llanuras y montes, ya sea a través de los cielos, ya internándome en los más oscuros abismos de la tierra; más aún, basta una sola mirada de Jesús para transformarme en él y hacerme sentir en mí un no sé qué de divino, que tantas veces me ha hecho exclamar: *Oh, mi bellissimo Jesús, oh mi Todo, sí solo en los pocos minutos en los que te haces ver así de mí, comunicas a mi alma tanta paz, por lo cual se pueden sufrir tormentos y mares de penas, de dolores, de martirios y sufrimientos los más humillantes, con la más perfecta tranquilidad de espíritu, ¿qué será en el paraíso gozar de tu visión beatífica, sin mezcla de dolores?*...

La voz de mi Amado es tan suavemente penetrante, que enamora tocando cada fibra del corazón, en el cual se producen en menos de lo que se dice, los

³⁵ Vol 2, pp. 90-91; 22 de junio de 1899.

más vivos y cálidos afectos, tanto que el alma queda al primer trato como extasiada. ¿Pero quién puede expresarlo todo? Es tan placentera su voz que los placeres todos de la tierra, en comparación de una sola palabra articulada por mi Jesús, son menos que nada; solo hay que decir que tomados todos en conjunto no son más que mísera apariencias, en comparación con la dulce voz de Jesús... Esta es también muy poderosa en obrar las más grandes maravillas; en el mismo acto de hablar produce para el alma el efecto que quiere en ella... Ah, sí, es bella la boca de Jesús, pero soberanamente bella en el acto de hablar, en el cual se ven aquellos dientes tan nítidos y bien ajustados, que te procuran la más grande admiración, y te envía un hálito de amor tan palpitante que incendia, tira saetas y consume en el corazón de quien escucha su voz...

Mi amado Jesús, después que se hizo ver y en cierto modo contemplar con aquel aspecto poco antes descrito tan malamente por mí, emanó de su boca un hálito suavísimo y de olorosa fragancia de paraíso, que me llenó toda, así el alma como el cuerpo y en virtud de aquel hálito me llevó en pos de Sí y en menos de lo que se dice, hizo salir mi alma de cada parte del cuerpo, dándome un cuerpo simplicísimo, todo resplandeciente de purísima luz y junto con él, alzó su rapidísimo vuelo, recorriendo la gran vastedad de los cielos...

Lo primero que sintió mi alma al salir del cuerpo, fue cierto temor y temblor al seguir el vuelo de mi amado Jesús, que continuaba llevándome detrás de aquel su hálito del paraíso”³⁶.

Ciertamente ver a Jesús es contemplar el cielo. *Él es el más bello de los hijos de los hombres, en sus labios se derrama la gracia* (Salmo 44, 3).

³⁶ Vol 1, pp. 144-149.

EL CIELO

“¡Cuántas y cuántas veces, transportando mi alma consigo, Jesús me ha hecho entrar al paraíso, para luego oír los cánticos de los espíritus bienaventurados, que incesantemente alzan himnos de gloria y de agradecimiento a la divina Majestad! Y yo he contemplado en Dios a los diversos coros de los ángeles y a las diversas órdenes de santos, todos los cuales están inmersos en la divinidad de Dios, el cual en su Inmensidad casi los ha absorbido y los ha identificado a todos en él.

Mirando luego en torno al Trono de Dios, me parecía ver muchas luces brillantísimas, infinitamente más resplandecientes que el sol, que hacían ver admirablemente y comprender todos los atributos y virtudes de Dios, inherentes a su infinita esencia, común a las tres divinas personas. Comprendí además que los espíritus bienaventurados, aun mirándose en todas aquellas luces, ora en su conjunto, ora pasando sucesivamente de una a otra, quedan arrebatados en aquella y por aquella Luz, pero no llegan jamás a comprender perfectamente a Dios, porque es tan grande la Majestad, la Inmensidad y la Santidad de Dios, que la mente creada por todos los interminables siglos de la Eternidad, no llegará a comprender a Dios que es por excelencia el Ser increado e incomprensible...

No solo somos impregnados de los rayos del mismo sol, sino también calentados, así los ángeles y santos del paraíso, en presencia del Eterno Sol, Dios, son impregnados de la Luz eterna, de tal modo que se asemejan a Dios...

A veces me encontraba en aquella dichosa patria, paseando junto con Jesús, mi esposo amado, en medio de los coros de los ángeles y de los santos y como era nueva esposa, todos unidos nos formaban corona, nos acompañaban y al mismo tiempo participaban de las alegrías de nuestro desposorio celebrado. Me parecía entonces como que dieran al olvido sus gozos para ocuparse de los nuestros; y Jesús, mostrándome a los santos, les decía: *Esta alma ha llegado a ser un triunfo y un portento de mi amor en virtud de su correspondencia a mi gracia*. Y, enseñándome luego a los ángeles, les decía: *Ved que todo ha superado mi amor por ella*. Luego me hacía poner en el asiento de gloria, del que Jesús me había hecho digna, y me decía: *He aquí tu puesto de gloria. Nadie te lo podrá quitar*. Entonces yo creía que no estaba para volver más a la tierra; pero, ay, mientras estaba casi convencida de eso, he aquí que a una señal de Jesús, me volvía a encontrar, en menos de lo que se dice, encerrada en el muro de mi cuerpo...

Y precisamente por eso mi corazón no hacía más que lamentarse con Jesús entre las continuas ansias y deseos (de la felicidad) del cielo”³⁷.

EUCARISTÍA

Luisa nos habla de este gran misterio y anota: “Jesús me hizo observar a ciertas personas que comulgaban sacrílegamente; fuera de esto, sacerdotes que celebraban el santo sacrificio de la misa por costumbre, por espíritu de interés y en pecado mortal, lo que causa horror decirlo... ¡Cuántas veces Jesús me ha hecho ver escenas tan dolorosas a su Corazón, que lo hacían casi agonizar! A veces, mientras el sacerdote celebraba tan sacrosanto misterio de amor y consumía la víctima, hostia de propiciación, Jesús era obligado a salir lo más pronto de su corazón, enfangado en miserias espirituales... Otras veces, llamado a bajar de lo alto de los cielos a encarnarse en la hostia por medio de las palabras del sacerdote, tenía náuseas de la hostia todavía no consagrada y sostenida por las manos impuras y sacrílegas de quien, con autoridad de él mismo, lo intimaba a descender con indecisión; y Jesús, por no faltar a su palabra, se encarnaba en aquella hostia...

¡Cuán lamentable me parecía entonces el estado sacramental de Jesús! Me parecía como si quisiese escapar de aquellas manos inmundas, pero sin embargo estaba forzado por su misma promesa a estar ahí, mientras las especies del pan y del vino no se hubieran consumido... Al consumirse las sagradas especies, venía a mí y se abría conmigo quejándose así: *Ah, sí, hija mía, hazme derramar en ti una porción de mi amargura, pues ya no puedo contenerla solo en mí; ten compasión de mi estado, que ha llegado a ser demasiado doloroso. Ten entonces paciencia; suframos un poco juntos...*

Sin embargo, no puedo pasar en silencio aquellas escenas muy consoladoras que arrebatában mi corazón, cuando me hacía ver a los buenos y santos sacerdotes que con fervor y con espíritu de verdadera humildad se dirigían a la celebración de los misterios sacrosantos de nuestra religión. Viéndolos celebrar con profunda consideración de cuanto de precioso se desarrolla en el breve espacio de una media hora, me movía muchísimas veces a exclamar en el colmo de mi afecto hacia mi amado Jesús: *¡Cuán alto, grande, excelente y sublime es el ministerio sacerdotal, al que le es dado tan excelsa dignidad, no solo de tratar contigo, mi Jesús, tan de cerca, sino también de inmolarte a tu Eterno Padre como víctima propiciatoria de amor y de paz!*

³⁷ Vol 1, pp.174-177.

¡Cuán consolador se me hacía el contemplar y volver a contemplar juntos a un santo sacerdote celebrando la santa misa y a Jesús en él. Estaba transformado de tal modo que se veía a una sola persona, más aún, parecía que no era el sacerdote, sino el mismo Jesús el que celebraba el divino sacrificio y a tal punto que a veces la persona de Jesús hacía que se ocultara totalmente en sí el sacerdote, tanto que yo veía solo a Jesús celebrando la santa misa, mientras yo lo escuchaba. Entonces sí que era muy conmovedor oír a Jesús recitar con aquella unción de gracia las oraciones, moverse con digna compostura y realizar las santas ceremonias, tan puntual y exactamente que suscitaba en mí el más sublime asombro de tan alto y tan santo ministerio. ¿Quién puede explicar cuántas gracias recibía yo, cuánto bien me hacía ver celebrar las misas con devoción y atención toda divina, y cuántas luces y carismas divinos comprendía yo entonces y que ahora quisiera pasar en silencio?...

Jesús me ha hecho comprender que la misa y la santa Eucaristía son perenne memoria de su muerte y de su Resurrección y que comunica no solo a nuestra alma, sino también a nuestro cuerpo el remedio de una vida inmortal. La misa, por consiguiente, y la Eucaristía nos dicen que nuestros cuerpos, deshechos e incinerados mediante la muerte, resucitarán en el día final a la Vida inmortal, que para los buenos será gloriosa y para los perversos colmada de tormentos”³⁸.

Jesús se halla presente realmente en la Eucaristía con su cuerpo, sangre, alma y divinidad. El padre Bucci lo reafirma con el siguiente suceso: “En 1970, cuando yo era vicepárroco de la parroquia de la Inmaculada de Barletta y asistente local y regional de la juventud franciscana, después de la misa dominical para los jóvenes, de las diez de la mañana, mientras me quitaba los ornamentos sagrados, entró en la sacristía la señora Livia D’Adduzzio. Dado que me había escuchado hablar de Luisa Piccarreta en una homilía, me dijo que era de Corato y que había conocido a Luisa en su juventud.

Fijé una cita con la señora D’Adduzzio para grabar sus recuerdos sobre la sierva de Dios. Al día siguiente, me dirigí, a las nueve de la mañana, a su casa, ubicada a unos cincuenta metros de la parroquia. La señora D’Adduzzio estaba muy bien informada de la vida y de los fenómenos referentes a Luisa. Algunos yo los ignoraba completamente. Me dijo también que conocía bien a mi tía Rosaria y a Angelina, la hermana de Luisa, y que también había asistido a los funerales de la sierva de Dios.

Entre tantas cosas que me contó, hablando con entusiasmo, llamó mi atención el fenómeno de los caballos, que yo desconocía. Hice que repitiera varias veces el episodio y tomé apuntes. He aquí su testimonio: *En 1915 yo tenía*

³⁸ Vol 1, pp. 154-159.

diez años y me encontraba con mi madre en Santa María Greca, donde se desarrollaban solemnemente las Cuarenta Horas. Mientras estábamos escuchando la reflexión eucarística del sacerdote, oímos un gran alboroto, procedente del exterior de la iglesia: palabras y gritos de un hombre que decía: “iá, iá”, y ruidos de latigazos.

Todos los muchachos que se encontraban en la iglesia, impulsados por la curiosidad, salieron inmediatamente, seguidos del sacerdote y de algunos fieles. Vimos dos caballos arrodillados ante la Iglesia unidos a una carroza cerrada. El sacerdote comprendió inmediatamente de qué se trataba y arrodillándose dijo: “Es Luisa la santa, que está adorando a Jesús Eucaristía”.

Todos nos arrodillamos en medio de un gran silencio y, después de no sé cuánto tiempo, el sacerdote abrió la puerta de la carroza. Dijo algunas palabras a Luisa y luego, prontamente, los caballos se levantaron y partieron. Todos volvimos a la iglesia, y seguimos escuchando la meditación del presbítero.

Después del relato, le hice algunas preguntas: ¿Está segura de que en aquella carroza se hallaba precisamente Luisa? Yo sabía que Luisa no salía nunca de casa. (Sólo la sacaban una vez al año con el fin de eliminar los parásitos de los colchones de paja o de lana, y especialmente las pulgas y chinches, comunes en un ambiente campesino)

¿Cómo puede asegurar que los caballos se arrodillaron para permitir a Luisa adorar a Jesús Eucaristía? *Sólo puedo decir que todos creyeron en un milagro y el fenómeno fue objeto de discusiones en todo Corato. Ciertamente, hubo muchos que no creían, especialmente los sacerdotes, que predicaron que Luisa no tenía nada que ver, que había sido sólo un capricho de los caballos, que por pura casualidad se habían detenido ante la iglesia de Santa María Greca, negando que en aquella carroza estuviera Luisa.*

Le hice una última pregunta: *¿Está usted segura de que en aquella carroza se hallaba Luisa? “Segurísima”, me respondió. Yo vi a Luisa en la carroza cuando el sacerdote abrió la puerta y le habló. Me parece que el sacerdote era el padre Gennaro di Gennaro*³⁹.

³⁹ Bucci, pp. 91-93,

CARISMAS

Veamos algunos carismas o dones sobrenaturales en la vida de Luisa:

a) INEDIA

Inedia es el don de Dios de poder vivir sin comer ni beber, recibiendo solamente la comunión diaria. Ella tomaba un poco de alimento diario por obediencia con el fin de no llamar la atención, pero después vomitaba todo, intacto y bello de aspecto sin que resultara nada repugnante, viviendo así en ayuno total. En ella se cumplía la palabra de Jesús: *Mi carne es verdadera comida y mi sangre es verdadera bebida* (Jn 6, 55). Tanto para el alma como para el cuerpo. Ella escribe: “El Señor quiso someterme a otra prueba más penosa, que es la siguiente:

Por los continuos padecimientos que directamente me comunicaba Jesús, tuve que sufrir continuos conatos de vómito, cada vez que tomaba alimento. En este estado, mientras la familia me daba algo de alimento, que yo inmediatamente rechazaba, sentía debilitárseme el estómago tanto que no se puede explicar; pero, recordando lo que Jesús me había dicho: *Confórmate con lo que se te da*, no me atrevía a pedir otra cosa y sentía en mí tal vergüenza como si la familia debiera reprocharme diciéndome: *¿Cómo, acabas de vomitar y ya quieres comer de nuevo?* Por esto decía entre mí: *No pediré nada si no me lo traen ellos mismos; caso contrario, el Señor me cuidará.*

Después el confesor, no sé por qué, advirtiéndome que era víctima de conatos de vómito, me ordenó tomar todos los días quinina, la que me excitaba más el apetito, pero, por no poder tomar ningún alimento sin que se me diera, sentía que se me destrozaba el estómago de tal modo que me sentía en estado de muerte sin nunca morir; y todo esto me duró por cerca de cuatro meses, hasta que mi amado Jesús me ordenó: *Dirás al confesor que no te haga tomar ni alimento ni quinina cada vez que vomitas, pues él, iluminado por luz superior, estará de acuerdo en que no tomes ni lo uno ni lo otro.*

Y así fue, porque el confesor me concedió no tomar nada más; pero después, para no hacer que parezca rara, me dijo: *De ahora en adelante quiero que tomes la comida una sola vez al día.* Haciendo así, quedé más tranquila; me pasó el hambre, pero no el vómito, pues siempre, cada vez que tomo la comida, todavía me veo obligada a vomitarla después de un corto tiempo.

Muchas veces mi amado Jesús me ha dicho reiteradamente: *Di al confesor que te dé la obediencia de no comer más;* pero por más que lo haya dicho, siempre lo ha rehusado, diciéndome: *Haz cuenta que se te da de comer con el fin*

de poder hacer uno o más actos de mortificación al día, siempre en reparación de las muchas ofensas que el Señor recibe por la gula de los hombres.

Pasaron pocos días, cuando el Señor volvió a repetirme: *Quiero que presentes de nuevo al confesor la petición de que te abstengas de tomar cualquier alimento, pero hazlo con santa indiferencia, es decir, dispuesta a hacer lo que la santa obediencia quiera o no concederte.*

Obediente a la voz de mi Jesús, en cuanto vino el confesor le manifesté todo, pero, no sé por qué, no solo me fue negado esto, sino que también me impuso la prohibición de tener que estar en tales sufrimientos, como si esto dependiera de mí”⁴⁰.

b) SIN ESCARAS

El padre Domenico Franzé escribió: *A mí, que soy un médico, me causa sencillamente estupor el hecho de que en la paciente yo no he encontrado ninguna llaga o escara de la piel, en una persona obligada a estar inmóvil en cama durante un período tan largo de años.*

A mí, que soy religioso, me da mucho consuelo haber recibido aseguraciones de que, durante tan larga serie de años, ni los médicos, ni los confesores, ni los arzobispos diocesanos hayan descubierto jamás engaño alguno, después de haber hecho pruebas exhaustivas.

A mí, finalmente, que soy sacerdote, se me alegra el alma por haber comprobado que en la paciente hay, no sólo toda la delicada integridad de las virtudes cristianas, sino además un alma que tiende a la perfección, iluminada por una gracia especial.

(Firmado) Fray Doménico Franzé
Médico cirujano; Profesor de Fisiología y medicina misionera en el Colegio Internacional S. Antonio. Socio de mérito de la Pontificia Academia Romana de Misiones. Roma, Colegio de S. Antonio, 20-7-1931.

⁴⁰ Vol 1, pp. 131-133.

c) DON DE CURACIÓN

El padre Bernardino Bucci refiere haber oído a un hombre muy anciano de Corato lo siguiente: *Cuando yo era pequeño, vivía en la calle Murge, cerca de la casa de Luisa la santa. Era yo muy niño cuando a su pobre familia le sucedió una desgracia: una mañana en el establo encontraron a su caballo echado en el suelo, moribundo. Llamaron al veterinario, que aconsejó al papá de Luisa que vendiera inmediatamente la bestia al carnicero para sacar algo de dinero, pues a la pobre bestia le quedaba ya muy poco tiempo de vida.*

Esta noticia provocó gran angustia en toda la familia Piccarreta, porque el caballo constituía un medio necesario para su sustento. La familia Piccarreta no era rica; sólo contaba con lo que ganaba el padre con su trabajo. El papá Nicola, al escuchar la noticia, con gran dolor, dijo: “Y ahora, ¿cómo saldremos adelante? ¿Quién dará de comer a estas cinco mujeres?”, refiriéndose a las hijas.

Toda la familia y los vecinos se hallaban en el establo, excepto Luisa, que entonces tenía cuatro años y estaba muy encariñada con el caballo. Su mamá no permitió que Luisa bajara al establo, para no causarle dolor. Toda la familia vivía en unas pocas habitaciones, reservadas para ella, de la casa de los señores, de quienes el padre era empleado y para quienes trabajaba en la hacienda de Torre Disperata. Pero la niña logró bajar al establo. A esta escena asistí yo personalmente. Luisa se acercó al caballo, le acarició la cabeza, lo llamó por su nombre y le dijo: “No te mueras, porque te quiero mucho”. A estas palabras, el caballo prontamente se levantó. El veterinario comprobó que la fiebre había desaparecido y el caballo estaba nuevamente sano como un “pez”.

Todos quedamos asombrados ante un hecho semejante, y durante mucho tiempo en el barrio de la calle Murge sólo se habló del caballo curado. Una anciana dijo: “Sobre esa niña está el dedo de Dios y todo Corato quedará encantado por las cosas que sucederán”⁴¹.

El mismo padre cuenta que en 1940 su tía Rosaria tenía dos llagas grandes purulentas debajo del mentón. Por recomendación de mi madre, se dirigió a Bari para consultar a un especialista en dermatología. El diagnóstico fue terrible. *“Querida señorita —le dijo el médico— estas son llagas cancerosas, y poco a poco se le extenderán por todo el cuerpo. Tiene usted una especie de lepra; su enfermedad es rarísima”. Es fácil imaginar el estado de ánimo de mi tía, al oír esas palabras. Después de vagar por Bari durante horas, volvió por la tarde a la casa de Luisa. Mi tía Rosaria se desahogó con la sierva de Dios y le dijo con*

⁴¹ Bucci, o.c., pp. 95-96.

irritación: “Estoy siempre contigo y ¿permities ciertas cosas? Yo no tengo hijos que me puedan curar”. Luisa la dejó hablar y, luego, le dijo: “Rosaria, Rosaria... has visitado a todos los médicos y te has olvidado del único médico verdadero”. Mi tía, al oír estas palabras, tomó inmediatamente todas las medicinas, las gasas y el algodón, y los arrojó desde el balcón (todo ello aconteció en la casa de la calle Magdalena, donde habitaban entonces). A continuación dijo: “Ahora me encomiendo a Nuestro Señor y a tus oraciones”. Antes de irse a la cama, Luisa la llamó, hizo que se arrodillara al lado de su lecho y juntas oraron durante largo tiempo. Después, mi tía se fue a su cama.

Aquella misma noche, mi tía Rosaria experimentó un gran alivio en todo el cuerpo. A la mañana siguiente, cuando se levantó, descubrió que las llagas se habían secado; sólo estaban cubiertas con una ligera costra, que durante el día se cayó: estaba perfectamente curada ⁴².

Y continúa el mismo padre Bucci: *Corría el año 1917. El nuevo arzobispo de Trani, Monseñor Regime, tal vez por influencia de una parte del clero que no sólo no daba importancia a todo lo que acontecía a Luisa Piccarreta, sino que manifestaba abiertamente su hostilidad hacia la sierva de Dios, había preparado un decreto muy rígido con respecto a Luisa. En él se prohibía a los sacerdotes acudir a su casa y celebrar allí la santa misa, privilegio concedido a Luisa por el Papa León XIII y confirmado por el Papa Pío X, en 1907. Esa disposición se debía leer en todas las iglesias de la diócesis. He aquí cómo se desarrollaron los hechos*⁴³. *Mientras estaba estampando su firma en el “famoso decreto”, Monseñor Regime quedó repentinamente afectado por una parálisis parcial. Cuando fue auxiliado por los sacerdotes presentes, les dio a entender que quería ser llevado a casa de Luisa.*

Mi tía Rosaria describió así este singular episodio: “Eran cerca de las once, cuando escuchamos el ruido de una carroza que se detuvo exactamente bajo el portón de la casa de Luisa. Yo me asomé al balcón para ver quién era y comprobé que eran tres sacerdotes, uno de los cuales era transportado casi en brazos por los otros dos. Luisa me dijo: “Abre la puerta, que viene el obispo”. En efecto, detrás de la puerta se hallaba Monseñor Regime, sostenido por otros dos sacerdotes —probablemente el vicario y el canciller de la Curia de Trani—. El obispo pronunciaba palabras incomprensibles. En seguida lo acompañaron a

⁴² Bucci, o.c., pp. 46-47.

⁴³ El episodio me lo narró mi tía Rosaria y me lo confirmaron mi párroco, Padre Cataldo Tota, la señorita Mangione, y la entonces ministra de la Tercera Orden Dominicana, señorita Lina Petrone. Un día, el Padre Cataldo, mientras hablaba con algunos fieles (demasiado celosos) de Luisa la santa, pronunció estas palabras: *Con los santos es preciso bromear poco; de lo contrario, se puede caer en alguna desgracia. Los santos son de Dios, no de los hombres. Por eso, estad atentos a que no os suceda lo que aconteció a Monseñor Regime, el cual se apresuró demasiado a estampar la famosa firma.*

la habitación de Luisa. Era la primera vez que acudía a la casa de la sierva de Dios, la cual, apenas lo vio, le dijo: “Excelencia, bendígame”. El obispo levantó el brazo y la bendijo. Quedó completamente curado. Y salió de la habitación sonriendo para sorpresa de todos, especialmente de los sacerdotes ⁴⁴.

Otro caso. En 1935 una señora estaba moribunda con un tumor maligno en la cabeza. La hija fue a hablar con Luisa. Esta le mandó aviso de que fuera a rezar a la parroquia donde estaba expuesto el Santísimo Sacramento por las Cuarenta Horas. *Mi tía Rosaria notó el disgusto de la muchacha y le dijo: “Haz lo que te dijo Luisa”. En efecto, mi tía Rosaria conocía bien a Luisa y sabía interpretar sus palabras.*

La muchacha fue a la iglesia, se arrodilló ante el Santísimo y desahogó todas sus penas. Después de dos horas aproximadamente, volvió a casa. Notó un gran silencio. Una parienta suya, a la que había dejado para asistir a su mamá, durante su ausencia, se había alejado.

Al entrar en el dormitorio, se encontró con una escena escalofriante: su mamá se hallaba en medio de un charco de sangre. La cama estaba totalmente ensangrentada. La pobre muchacha, ante ese espectáculo, lanzó un grito de dolor, creyéndola muerta, pero sucedió algo increíble. Su mamá se despertó, como si saliera de un largo letargo, y le preguntó, sorprendida, por qué había lanzado ese grito. El tumor se había licuado, saliendo de la cabeza ensanchada, a través de la nariz, y se había esparcido por la cama. Ella estaba perfectamente curada.

La hija, juntamente con su madre, acudió, algunos días después, a casa de Luisa para darle las gracias, pero no fueron recibidas, porque la sierva de Dios les hizo saber que de la gracia ella no sabía nada, ni tenía nada que ver, expresándose con estas palabras: “Que vayan a agradecer al Señor la gracia recibida” ⁴⁵.

Y añade el mismo padre: *Al nacer el segundo hijo (de mi hermana Gema), a causa de la inexperiencia del médico y de sus auxiliares, mi hermana estuvo a*

⁴⁴ Bucci, o.c., pp.77-78.

⁴⁵ He recogido muchos otros relatos de curaciones, pero no he creído conveniente publicarlos, porque no se tienen documentos que certifiquen los hechos. Algunos sucedieron durante la vida de Luisa; otros después de su muerte. Podrían entrar en la colección genérica de memorias. Muchos episodios recogidos, con autorización del venerado arzobispo Monseñor Giuseppe Carata, bajo juramento y firmados, se conservan ahora en el archivo de la causa de beatificación de la sierva de Dios Luisa Piccarreta. He creído conveniente dar a la prensa el milagro citado porque me parece el más auténtico, y también lejano en el tiempo, por lo que difícilmente puede prestarse a equívocos. Es preciso decir también que este episodio no ha entrado en la leyenda porque lo escuché confirmar sólo por mi tía, con un lenguaje conciso y frío.

punto de morir. En efecto, durante el parto el útero se dañó y se produjo una terrible hemorragia. El doctor salió de la sala operatoria y dijo estas escalofriantes palabras a los familiares: “Hemos salvado al niño, pero por la madre no hay nada que hacer”. Mientras los demás estallaron en lágrimas, me acordé de la camisa de Luisa. Inmediatamente corrí a Corato y me dirigí a la casa paterna. Desperté a mi tía Rosaria, aunque ya estaba muy entrada la noche, y le conté lo sucedido; luego, le pedí la camisa, que ella llorando sacó de la cómoda. Volvimos juntos al hospital de Bisceglie. Pedimos a una enfermera que pusiera la camisa bajo la cabeza de Gema y ella cumplió en seguida la orden. El médico principal ya se había marchado. Inmediatamente después, vimos a su auxiliar, que nos dijo: “Si dais vuestro consentimiento, la opero en seguida”. Le dimos el consentimiento, aunque el marido de Gema había dicho: “Si está inconsciente, operad; de lo contrario, es inútil hacerla sufrir más”.

Llegó un amigo de mi cuñado, que era enfermero en el hospital psiquiátrico de Bisceglie, el cual se prestó a donar seis litros de sangre, necesarios para la transfusión. La operación fue un éxito y Gema se salvó. Mi tía Rosaria vio en ello la mano de Luisa.

He aquí el relato de Gema: “Mientras el doctor me operaba, yo vi a Luisa al pie de mi cama con el niño en los brazos, y me dijo: “Éste es para el paraíso; tú, en cambio, vivirás mucho tiempo”. Y yo era consciente, no sé cómo, de que tenía bajo la cabeza su camisa”. Al día siguiente, el niño se enfermó misteriosamente de bronquitis aguda. Yo lo bauticé e, inmediatamente después, el niño murió. Este episodio fue considerado por toda la familia un auténtico milagro. Por desgracia, en ese tiempo no se pensaba en el proceso de canonización y, por tanto, no se pensó en recoger los testimonios del cirujano y de los enfermeros, también ellos convencidos de que mi hermana se salvó sólo por un milagro, al ser un caso clínico único e inexplicable ⁴⁶.

⁴⁶ Bucci, o.c., pp. 86-87.

d) RESUCITAR MUERTOS

Anota Luisa: “Una mañana, mientras se hacía sentir cada vez más viva en mí el ansia de padecer siempre más, vino el amabilísimo Jesús y poniéndome fuera de mí, transportó mi alma a que viera un hombre que era asesinado a golpes de revólver y ya estaba para exhalar su alma, para convertirse en presa del infierno. Entonces Jesús, en su más profunda tristeza, me hizo compenetrar de tal modo consigo, hasta hacerme comprender la amarguísima aflicción de su Corazón por la pérdida de aquella alma.

¡Oh, si el mundo conociera cuánto sufre Jesús por la perdición eterna de las almas, estoy segura de que los hombres, por ahorrar al menos a Jesús un dolor tan desgarrador, emplearían todos los medios posibles para no perderse para siempre!

Pues bien, mientras me encontraba con Jesús en medio de aquella explosión de balas, él me estrechó más contra sí y me susurró al oído: *Esposa mía, ¿no quieres ofrecerte como víctima por la salvación de esta alma y tomar sobre ti las penas que merece por sus gravísimos pecados? Y yo: De muy buena gana, mi Jesús, tomo sobre mí todo lo que él ha merecido, pero a condición de que tú lo salves y le restituyas la vida.*

Sí, dijo Jesús, y me hizo volver al cuerpo y me sentí sumida en tales y tantos sufrimientos, que yo misma no sé cómo pude seguir sobreviviendo. Me encontraba más de una hora en este estado de sufrimiento, cuando Jesús permitió que viniera mi confesor a llamarme a la obediencia y hacerme reaccionar, pero estaba tan dolorida que con dificultad pudo lograr que le obedeciera. Me preguntó la causa de tantos sufrimientos y yo le conté todo lo que poco antes había visto, indicándole además el sitio de la región en que había ocurrido el homicidio; y éste a su vez confirmó el homicidio acaecido precisamente en el lugar indicado por mí y añadió que todos lo daban por muerto. Pero yo le dije que no podía tenerse por muerto, desde el momento en que Jesús *me había prometido no solo salvar su alma, sino que lo mantendría en vida; y tan cierto que para obtener esto, tuve que trabajar mucho con la gracia del Señor, para que no saliera su espíritu del cuerpo.*

En efecto, se vino después a saber que, por más que todos lo tenían por muerto, comenzó luego a reanimarse y poco a poco recobró la salud, al punto de que todavía sigue con vida. Sea siempre bendito el Señor”⁴⁷.

⁴⁷ Vol 1, pp. 206-207.

El padre Bernardino Bucci afirma: *“El siguiente hecho extraordinario me lo narró la señorita Benedetta Mangione, muy anciana, coetánea de mi tía Rosaria, la cual también formaba parte del grupo de muchachas que frecuentaban a Luisa para aprender el bordado con bastidor.*

He aquí su narración: Una mañana de un día de 1920 o 1921, mientras estaba yo en casa de Luisa, después de asistir a la santa misa celebrada por su confesor, Gennaro di Gennaro, entró en la habitación de la sierva de Dios una mujer joven totalmente agitada que, con gritos de desesperación, apoyó en las rodillas de Luisa a su bebé muerto, mientras ella se arrodillaba a su cabecera, llorando desesperadamente. Todos quedaron sorprendidos y Rosaria trataba de que la mujer se levantara. Por el modo en que habló, comprendí que era pariente suya. Luisa no se molestó con la escena y se puso a acariciar al niño, que estaba sobre sus rodillas, y dijo a la madre: “¿Qué haces, Serafina? ¡Toma a Luis y dale la leche, pues tiene hambre!”. Y se lo puso en los brazos”. Todos los presentes tuvieron la sensación de que el niño había resucitado ⁴⁸.

e) PROFECÍA

Un relato personal de la familia Bucci: “A causa de varios sucesos acaecidos en el tiempo y de los reveses económicos, nuestra familia, que era de clase acomodada, casi llegó al nivel de la indigencia. Por las diversas desgracias que se abatieron sobre la familia (la muerte de dos hermanas de mi tía y la parálisis parcial de su padre, el hermano mayor emigró a Argentina en busca de fortuna) toda la propiedad fue vendida o hipotecada.

Sólo quedaba el hermano menor, Francesco, mi padre, para poder administrar el patrimonio, reducido a un horno de leña, pero que bastaba para mejorar las condiciones económicas de la familia.

Entretanto había estallado la primera guerra mundial y Francisco fue llamado a filas. La mamá de mi tía le pedía a su hija que hablara con Luisa, porque sólo ella podía encontrar un remedio para su situación. Pero mi tía Rosaria hacía oídos sordos, hasta que un día su madre, poniéndose enérgica, le dijo: *Si no hablas hoy con Luisa, desde mañana no irás ya a estar con ella y te quedarás en casa a hacer los quehaceres.*

Mi tía Rosaria, en cuanto llegó a casa de Luisa, fue llamada por ella, que le dijo: *¿Por qué no me dices nada? Yo lo sé todo desde hace tiempo. Di a tu madre que Francisco no partirá.* Y así aconteció...

⁴⁸ Bucci, o.c., pp. 81-82.

El día en que mi padre se debía presentar a filas, se le hinchó muchísimo el cuello, sin que sintiera dolor alguno, hasta el punto de que lo emplazaron para un nuevo examen médico. Al volver a casa, durante el trayecto, la hinchazón desapareció. Este mismo fenómeno se repitió durante tres años, hasta que fue declarado inútil. Esto me lo confirmó mi padre, que decía, en su dialecto coratino: *Aquella mujer me hizo ver cosas nuevas*, y con gestos y palabras me explicaba lo que había sucedido. En efecto, dirigiendo el trabajo del horno, mi padre logró mejorar, al menos en parte, las condiciones económicas de la familia”⁴⁹.

Escribe Luisa: “Jesús me tuvo enterada de la segunda guerra que debía darse entre Italia y África, nueve meses antes que se trabaran entre sí en combate; y he aquí cómo: El bendito Jesús, haciéndome salir fuera de mí, me trasportó en pos de sí, haciéndome recorrer un larguísimo camino, sembrado todo él de cadáveres humanos, inmersos en su propia sangre, que a manera de río inundaban el camino, cadáveres que, como Jesús me hizo ver con enorme horror mío, estaban abandonados y expuestos a pleno cielo descubierto y a la rapacidad de los animales carnívoros, ya que no había quien se ocupara de darles sepultura... Y yo entonces, llena de espanto, pregunté a mi Jesús: *Esposo santo, ¿qué quiere decir todo lo que ahora me haces ver?*

Jesús me respondió: *Sabe que el próximo año habrá guerra. Los hombres se han entregado a todo vicio, abandonados a las pasiones más carnales para ofenderme y yo quiero tomar mis justas venganzas sobre sus mismas carnes que apestan todas a pecado.*

Entonces yo, más que nunca, me ofrecí al buen Jesús, a fin de que evitara tantas víctimas. Pero por más que le rogaba y le suplicaba insistentemente que tuviera piedad de tantas almas que, muriendo en la guerra, se encontrarían en la presencia de Dios sin estar en su gracia y por eso se precipitarían en el infierno, Jesús no me dio oídos en nada; sino que haciéndome salir fuera de mí, mi alma, mientras lo seguía, se encontró en un instante en Roma, donde escuché la voz de tantos y tantos presuntuosos, que decían estar enteramente convencidos de que Italia alcanzaría la victoria sobre África.

Entre tanto Jesús, después de haber atravesado las calles de Roma y escuchado cuanto acabo de decir, me hizo entrar en unión con él, a la sala del Parlamento donde los diputados mantenían calurosas discusiones sobre el modo que debían tener para llevar adelante la guerra y asegurarse con ello la ansiada victoria; y se proseguía la discusión con tanta ampulosidad de palabras,

⁴⁹ Bucci, o.c., pp. 80-81.

fanatismo y soberbia que daba compasión el oírlos. Pero lo que me hizo más impresión fue el oír que todos estos eran sectarios y que actuaban bajo la presión del demonio, al que habían vendido sus almas, a fin de adueñarse del éxito feliz de la guerra...

Mientras ellos estaban inmersos en las más vivas y calurosas discusiones, para conciliar las varias divergencias, pues una tendía a alejarse cada vez más de la otra a medida que se discutía, el bendito Jesús que, sin ser visto, estaba entre ellos, al oír sus nada felices propuestas, derramó amarguísimas lágrimas sobre su mísero estado. Y ellos, después de haber logrado la decisión menos mala, pero sin Dios, sobre el modo práctico de proceder en la guerra, como si la victoria fuese ya de Italia, presuntuosos más que nunca, se jactaban de la seguridad de la victoria...

Entonces Jesús, como si ellos estuvieran atentos para escucharle, les dijo en tono de amenaza: *Vosotros todos os fiáis de vosotros mismos y yo por eso os humillaré, para que podáis comprobar cuán grande es el daño que se obtiene actuando sin invocar la ayuda y la intervención de Dios, que es el autor de todo bien. Esta vez por lo mismo, la victoria no será de Italia, sino que le tocará ser completamente derrotada.*

¿Quién puede decir, ahora, cuánto sufrió mi corazón con estas palabras de Jesús y los medios utilizados ante él para que se aplacase, o al menos la guerra no pasara adelante? Como siempre, me ofrecí cual víctima de expiación, a fin de que derramase sobre mí las más acerbadas penas y los dolores más punzantes a condición de que ahorrara a Italia tan grave castigo. Pero Jesús me dijo: *Seré siempre duro, de modo que el África obtenga la victoria sobre Italia. Solo te concedo que el África vencedora no se vuelque sobre la tierra italiana para continuar la lucha, como justo castigo merecido por Italia, sea por la vida muy licenciosa que vive, sea por la fe ya perdida, por lo cual no espera en Dios, sino en el diablo.*

Todo lo hasta aquí referido, con otras circunstancias, presenté a la obediencia del confesor, quien replicó: *No me parece cierto que Italia haya de ser derrotada por África, porque ella en su civilización posee toda clase de armas ofensivas y defensivas, por lo cual la victoria debe ser nuestra y no del África atrasada, que está absolutamente privada de armas aptas para la guerra.*

Pero cuando, lamentablemente, el resultado de la guerra vino a confirmar cuanto Jesús me había asegurado, él añadió a lo dicho anteriormente: *Hija mía,*

no hay dictamen, no hay prudencia ni fuerza que valga, si no es obtenida de Dios” ⁵⁰.

Otra profecía referida por el padre Bucci: “El cardenal Cento visitaba frecuentemente la casa de Luisa antes de ser cardenal. Mi tía tenía mucha confianza en él y le llamaba padre Cento o don Cento, incluso siendo ya cardenal. Ella me dijo un día: *Yo lo trataba como a un hermano. Era una persona alegre, solía bromear y cuando celebraba la misa parecía un ángel. Varias veces comimos juntos en casa de Luisa. Una vez me dijo: “Luisa me dice siempre que me vestirán de rojo”* (que lo harían cardenal). Y así fue, llegando a ser un personaje destacado de la Curia Romana” ⁵¹.

Luisa profetizó a Bernardino Giuseppe que sería sacerdote. Él dice: “En mi familia todos pensaban que mi hermano Agostino, muchacho ordenado, educado, estudioso y reservado, seguiría la carrera eclesiástica. Se le preparó lo necesario para ingresar en el seminario de Bisceglie, pero el padre Andrés Bevilacqua aconsejó que esperaran al menos que terminara el curso preuniversitario para entrar directamente en el seminario de Molfetta.

No llegó a entrar y mi tía Rosaria se quejaba de ello. Luisa le dijo un día: *Rosaria, tú quieres sustituir la voluntad de Dios. El Señor no lo quiere. Y mirándome a mí, que estaba presente, dijo: Cuida de éste, porque el Señor lo quiere a él. Y mi tía contestó: Precisamente a él, que es el rebelde de la familia.* Yo, en efecto, era vivaracho solía andar siempre en la calle y me rodeaba de niños pobres. Ciertamente no le di mucha importancia a las palabras de Luisa. Pero un año después de la muerte de Luisa, en 1948, entré al seminario de los frailes menores capuchinos de Barletta. Y mi tía Rosaria decía: *Llegará a ser sacerdote. Ésta es la Voluntad de Dios, manifestada por la voz de Luisa* ⁵².

⁵⁰ Vol 1, pp. 227-231.

⁵¹ Bucci, o.c., pp. 75-76.

⁵² Bucci, o.c., pp. 71-73.

f) BILOCACIÓN

Escribe Luisa: “Recuerdo muy bien que las más de las veces, cuando Jesús quería comunicarme las más dolorosas penas, hacía salir mi alma del cuerpo y llevándola consigo, me hacía reparar los muchos pecados que cometían los hombres, ya sea de blasfemia o contra la caridad y de cualquier otro género y me comunicaba parte de aquel amargo veneno que él ya sentía en su totalidad en sí como efecto causado por tantos pecados.

A mi modo de pensar, puedo decir, sin duda de errar, por el efecto producido en mí, que el pecado de impureza es el que más ofende y amarga al Corazón de Jesús...

Y no es preciso creer que todo esto acontecía sólo cuando Jesús, en general, me hacía observar las maldades que cometen solamente los que son tenidos por grandes y públicos pecadores, sino también y de manera particular cuando me llevaba en pos de sí a las iglesias, en las que también es ofendido mi amable Jesús. Oh, cómo conmovían tan malamente su Corazón las obras en sí tan santas, pero ejecutadas con tanto descuido; las oraciones vacías de espíritu interior; la piedad fingida, aparentemente devota y la hipocresía. Parecían inferir más insultos que honor a mi Jesús”⁵³.

Luisa Piccarreta y el santo Padre Pío de Pietrelcina se conocían desde hacía mucho tiempo sin haberse encontrado nunca, porque Luisa estaba siempre en cama y el padre Pío encerrado en su convento de San Giovanni Rotondo. La pregunta es: ¿Cómo se conocían? Y todos los entendidos responden: Porque se visitaban mutuamente en bilocación.

En los escritos de Luisa aparecen muchos textos en los que se manifiesta que Jesús llevaba a Luisa en bilocación al cielo, al purgatorio o a visitar lugares o personas para pedir por ellos. El padre Bucci refiere: “Mi tía me contó: Muchas veces por la mañana encontraba a Luisa totalmente arreglada, con el altar ya preparado para la misa con las velas encendidas. Pensaba que los ángeles le servían, especialmente su ángel de la guarda, al que tenía gran devoción. Muchas veces su habitación se encontraba completamente perfumada. Todos los que asistían a la misa lo percibían. Recuerdo que una vez el padre De Benedictis, que había ido a celebrar la misa, me dijo: *No eches perfume en la habitación, de lo contrario saldré mareado*. Yo le aseguré que nadie había echado perfume, pero no me creyó”⁵⁴.

⁵³ Vol 1, pp. 152-153.

⁵⁴ Bucci, o.c., 41-42.

En los escritos de Luisa aparecen frecuentemente los ángeles con ella en el cielo, especialmente en el momento de su desposorio y matrimonio espiritual y en muchas otras ocasiones, haciendo a veces referencias concretas a su ángel custodio.

CAPÍTULO TERCERO LA DIVINA VOLUNTAD

LA CASA DE LA DIVINA VOLUNTAD

Escribió el confesor de Luisa, don Benedetto Calvi: *Desde 1910, el canónigo Anibal Di Francia (hoy santo) había conocido a nuestra Luisa, había admirado su vida y había quedado maravillado de sus sublimes escritos. Desde el principio dicho padre (fundador de los padres Rogacionistas del Corazón de Jesús y de las hijas del divino celo) manifestó su deseo de tenerla para siempre en uno de sus hospicios o conventos, como Maestra de virtudes y de la divina voluntad para sus religiosas y huerfanitas. Luisa no aceptó, no obstante que el padre Di Francia le hubiese propuesto que ella misma eligiera una de sus muchas Casas, aunque fuera aquella muy cercana de Trani. Luisa le contestó que Dios la había destinado a Corato. Entonces fue cuando el padre Di Francia, para poder satisfacer su gran deseo, fundó otra Casa también en Corato. Bien pronto fue levantado el edificio en un terreno donado por las señoritas Cimadomo*⁵⁵.

Luisa escribió: “Aquí en Corato se ha fundado una casa querida e iniciada por el padre canónigo Aníbal María di Francia, de venerable memoria, la cual, sus hijos, fieles a la voluntad de su fundador, han seguido y dado el nombre de *Casa de la divina Voluntad*, como lo quería el venerable padre. Él quería que yo entrase en dicha casa. El primer día que la han abierto, las reverendas madres han venido y me han conducido a una habitación, donde abriendo la puerta de dicha habitación, yo veo el tabernáculo, escucho la santa misa, estoy propiamente bajo la mirada de mi sacramentado Jesús. ¡Oh, cómo me siento feliz, porque de ahora en adelante, si Jesús quiere que continúe escribiendo, escribiré siempre poniendo un ojo en el tabernáculo y el otro en el papel donde escribo! Así que te ruego, amor mío que me asistas. Dame la fuerza de cumplir el sacrificio que tú mismo quieres...

Un día, eran las ocho de la noche, y fuera de lo acostumbrado vino el confesor, al cual le habían rogado las reverendas Madres se impusiera sobre mí,

⁵⁵ Pablo Martin, *Luisa la santa*, Librería espiritual, Quito, p. 59.

por obediencia. Resistí cuanto pude, porque pensaba que si el Señor quisiera que fuera en el mes de abril, estación más caliente, entonces sí pensaría en hacerlo. Pero el confesor insistió tanto, que debí ceder. Hacia las nueve y media de la noche fui llevada a esta Casa, cerca de mi prisionero Jesús. Esta es la pequeña historia del por qué me encuentro en esta *Casa de la divina Voluntad*⁵⁶.

Mi vida ahora se desenvuelve ante mi sacramentado. Después de cuarenta años y meses que no había visto el tabernáculo, que no me era dado el estar ante su adorable presencia sacramental, cuarenta años, no sólo de prisión, sino de exilio. Y después de tan largo exilio, finalmente he regresado, si bien prisionera, pero no más exiliada, como a la patria de uno, cerca de mi sacramentado Jesús. Y no una vez al día como lo hacía antes que Jesús me hiciera prisionera, sino siempre, siempre. Mi pobre corazón, si bien lo tengo en el pecho, se siente consumir ante tanto amor de Jesús⁵⁷.

EN SU NUEVA CASA

“Después de cuarenta años y más, que no había salido al exterior, hoy me han querido sacar al jardín sobre una silla de ruedas. En cuanto he salido, he visto que el sol me inundaba con sus rayos, como si quisiera darme su primer saludo y su beso de luz. Yo he querido corresponderle dándole mi beso, y he pedido a las niñas y a las religiosas que me acompañaban, que todas diesen su beso al sol, besando en él a aquella divina Voluntad que como Reina estaba cubierta de luz. Todas lo han besado.

Ahora, ¿quién puede decir mi emoción después de tantos años, al encontrarme de frente a aquel sol del cual mi amable Jesús se había servido para darme tantas semejanzas e imágenes de su adorable Voluntad? Me sentía llena, no sólo de su luz, sino también de su calor. Y el viento, queriendo hacer competencia con el sol, me besaba con su vientecillo ligero para refrescar los besos ardientes que me daba el sol. Así que sentía que no terminaban jamás de besarme, el sol por una parte y el viento por la otra. ¡Oh, cómo sentía a lo vivo el toque, la vida, el respiro, el aire, el amor del Fiat divino en el sol y en el viento! Constataba que las cosas creadas son velos que esconden a aquel Querido que las ha creado.

Mientras me encontraba bajo el imperio del sol, del viento, de la vastedad del cielo azul, mi dulce Jesús se ha movido en modo sensible en mi interior, como si no quisiera ser menos que el sol, que el viento, que el cielo y me ha

⁵⁶ Desde el 7 de octubre de 1928.

⁵⁷ Vol 25, pp. 8-13.

dicho: *Hija amada de mi Querer, hoy todos hacen fiesta por tu salida. Toda la corte celestial ha sentido el brío del sol, la alegría del viento, la sonrisa del cielo, y todos han corrido para ver qué había de nuevo, y al verte a ti, iluminado por la luz del sol que te besaba, el viento que te acariciaba, el cielo que te sonreía, todos han comprendido que la potencia de mi Fiat divino movía a los elementos para festejar a su pequeña recién nacida.*

Así pues, toda la corte celestial, uniéndose con toda la Creación, no sólo hace fiesta, sino que siente las nuevas alegrías y felicidades que por tu salida les da mi divina Voluntad. Y yo, siendo espectador de todo esto, no sólo hago fiesta dentro de ti, sino que no me siento arrepentido por haber creado el cielo, el sol y toda la Creación, al contrario me siento más feliz, porque de ella goza mi pequeña hija ⁵⁸.

Lamentablemente el 31 de agosto de 1938 algunos de sus escritos fueron prohibidos y colocados en el ÍNDICE. El 7 de octubre de 1938 por *disposición de sus Superiores*, según su confesor o *por motivos de salud*, según Luisa, tuvo que abandonar la Casa de la divina voluntad. Exactamente diez años después de su ingreso. Tuvo que dejar aquellas buenas religiosas (las hijas del divino celo), pero no el afecto y la profunda estima de muchísimas de ellas, como evidencian tantas cartas de Luisa. Don Benedetto le buscó una casa, donde pudiera vivir, en la calle (vía) Magdalena, 20 (¡Como su nombre de terciaria dominica!). Allí pasó los últimos ocho años de su vida. Hallándose en aquella tempestad, Luisa — refieren algunos testigos— escribió la única vez de su vida al padre Pío de Pietrelcina, quien le respondió sólo esto: LOS SANTOS SE HACEN, ¡PERO AY DE QUIEN HACE A LOS SANTOS!”.

VIVIR LA DIVINA VOLUNTAD

Jesús le manifestó que ella era *la pequeña hija de la divina voluntad* y que debía transmitir al mundo el deseo del Creador de que todos los hombres debían ser hijos de su divina voluntad, es decir, que debían cumplir su voluntad, pero no como esclavos o siervos, por temor o por interés, sino como hijos que actúan por amor. De modo que la voluntad del ser humano sea la misma que la de Dios, unidos en la misma voluntad por el amor. Así podrán decir de verdad las palabras del padrenuestro *hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo.*

La primera voluntad de Dios Amor es la salvación de los hombres y hacerlos felices eternamente, pero nosotros no somos robots y, por ello, debemos aceptar la voluntad divina y hacerla nuestra. Debemos unirnos a Dios y a los

⁵⁸ Vol 26, pp. 7-9; 7 de abril de 1929.

demás hombres por el amor. El amor es lo que nos une en la misma voluntad para crear así entre todos el reino del Fiat, es decir, el reino de la voluntad de Dios, que se cumple en todos para su bien, su felicidad y salvación.

Hablar de la voluntad de Dios es también hablar de ser obedientes a sus planes y mandamientos, al igual que a los legítimos Superiores, que actúan en nombre y con la autoridad de Dios. Recordemos que obedecer es amar. Y amar significa también aceptar todo lo que nos sucede como querido o, al menos, permitido por Dios para nuestro bien (Rom 8, 28). Todo lo que sucede en cada momento lleva el sello de la voluntad de Dios, de modo que el momento presente es, en cierta medida, un embajador de la voluntad divina. Esta voluntad que parece estar oculta, pero que está presente sin duda alguna en cada circunstancia, aun adversa, de la vida. Por ello debemos abandonarnos a la voluntad de Dios y aceptar todo lo que nos suceda como venido de las manos amorosas de nuestro Padre Dios. Si tuviéramos suficiente fe, diríamos en cada instante ante cualquier suceso: *Es el Señor. El Señor lo quiere*. Aceptemos su voluntad, unamos nuestra voluntad a la suya. Él sabe mejor que nosotros lo que nos conviene y sigamos adelante, aunque no veamos el futuro, como un niño que va confiado en los brazos de su madre.

San Agustín decía: *La voluntad de Dios es que estés sano algunas veces; otras que estés enfermo. Si la voluntad de Dios es dulce para ti, cuando estás sano, y amarga cuando estás enfermo, no eres de corazón perfecto. Porque no quieres unir tu voluntad a la suya, sino que pretendes torcer la de Dios a la tuya*⁵⁹.

San Francisco de Sales nos dice: *Humíllense de buena gana ante aquellos actos que externamente son menos importantes, cuando sepan que Dios los quiere, porque no tiene importancia que los actos que hacemos sean grandes o pequeños con tal que se cumpla la voluntad de Dios. Aspiren a menudo a la unión de su voluntad con la de nuestro Señor*⁶⁰.

El mismo Papa Juan XXIII repetía: *La verdadera grandeza consiste en hacer totalmente y con perfección la voluntad de Dios*⁶¹.

Por esto, hay que vivir el momento presente en la plenitud del amor de Dios, sabiendo que el momento más bello de nuestra vida es el momento presente, en el que se manifiesta de alguna manera la voluntad de Dios, sin olvidar que la voluntad de Dios está empapada de su amor. Hablar de la voluntad

⁵⁹ En in psam 36, II, 13.

⁶⁰ San Francisco de Sales, *Tutte le lettere* I, Roma, 1967, p. 789.

⁶¹ *Diario del alma*, Ed. Cristiandad, Madrid, 1964, p. 182.

divina es lo mismo que hablar del amor de Dios que siempre quiere nuestro bien, nuestra santificación y nuestra felicidad, en una perspectiva eterna.

Por consiguiente, acepta con amor las cosas adversas de cada día, como venidas de sus manos amorosas. No te rebelas hablando con ira, actuando con violencia contra los otros, acepta las cosas que no dependen de ti, como el calor, el frío, la lluvia, la escasez o el dolor de alguna enfermedad. No digas: ¡Qué calor tan insoportable! ¡Qué desgracia! ¡Qué tiempo tan malo! Dios está por encima de las circunstancias. Di como Jesús: *Padre, que no se haga mi voluntad, sino la tuya.*

Y con la confianza de saber que Dios te ama y todo lo hace por tu bien, abandónate en sus manos amorosas, aunque no entiendas nada. Déjate llevar por él sin preguntar dónde. Abandonarse en él es unir tu voluntad a la suya para vivir en ese reino de su voluntad, donde reina la paz y el amor, aquí en la tierra como en el cielo. Abandonarse es estar en todo momento disponible a sus planes desconocidos. ¿Estás dispuesto a dejarte llevar? ¿A sufrir lo que él dispone para ti? ¿Tienes miedo a lo que te pida su amor? Deja que él piense por ti. Déjalo actuar y confía. Ama y confía, abandónate, acepta su voluntad sin dudar. Haz las cosas lo mejor que puedas y el resto déjalo en sus manos. Él vela por ti, tiene providencia de ti y te cuida mejor que la mejor de las madres.

En conclusión, ama y espera, confía y déjate llevar, ponte en sus manos sin miedo; y la voluntad de Dios, aceptada por ti con amor, hará de ti una obra de arte de amor, un santo, aunque no seas canonizado, porque la santidad es amor y vivir con amor en cada momento es su santa voluntad. Amén.

TE AMO

“Estaba un día, como es mi costumbre, fundiéndome en la santísima Voluntad de Dios, y mientras giraba en ella para poner Te Amo en todas las cosas, quería que mi Jesús nada viera ni oyera sino Te Amo. Y mientras repetía el estribillo Te Amo pensaba entre mí: Se ve que soy verdaderamente una niña pequeña que no sabe decir otra cosa sino repetir la cancioncita aprendida. Y además, ¿para qué me sirve repetir y siempre repetir te amo, te amo? Y mientras pensaba esto, mi adorable Jesús salió de mi interior, haciéndome ver en toda su divina persona, impreso por todas partes, te amo; en los labios, en el rostro, en la frente, en los ojos, en el pecho, sobre el dorso y en las palmas de las manos, en la punta de los dedos, en fin, en todas partes. Y con ternura me dijo: *Hija mía, ¿no estás contenta de que ningún Te Amo que sale de ti vaya perdido, sino que todos queden impresos en mí? Además, ¿sabes de qué te sirve repetirlo? Has de saber que cuando el alma se decide a hacer un bien o a practicar una virtud, forma la*

semilla de ese bien o de esa virtud; luego con repetir estos actos forma el agua para regar esa semilla en la tierra del propio corazón, y cuanto más a menudo los repite, más riega esa semilla y la planta crece hermosa, verde, de manera que pronto produce los frutos que aquella semilla contiene. Pero si falla en repetirlos, sucede que muchas veces esa semilla queda sofocada y, si crece, crece débil y no da nunca fruto.

El repetirme Te Amo te da el agua para regar y formar el árbol del amor; el repetir con paciencia, riega y forma el árbol de la paciencia, y el repetir tus actos en mi Voluntad forma el agua para regar y hacer crecer el árbol divino y eterno de mi Voluntad en ti. Ninguna cosa se forma con un solo acto, sino con muchos y muchos actos repetidos. El repetir el mismo acto es señal de que se ama y se aprecia. Por tanto, repite sin cansarte jamás Te Amo” ⁶².

El Te Amo de la tierra resuena en el cielo, recorre los mares del amor de la Madre celestial y dice en todo: Te amo. El cielo y la tierra se dan el beso del amor y festejan juntos... En el divino querer formaremos mares de amor, mares de adoración y mares de gloria para nuestro Dios y Creador ⁶³.

Así que está claro, una buena y eficaz manera de unir nuestra voluntad a la divina es repetir constantemente en todo lo que nos sucede y por todas las cosas que nos rodean: *TE AMO*. Si sientes tristeza y tienes deseo de gritar a alguien con violencia, di con paciencia: *Te amo, Señor*. Si hace calor o hace frío, si tienes hambre o sed, si te duele la cabeza o la columna, si te sientes decepcionado por la traición o el daño que te han hecho o porque todo te ha salido mal, di con decisión: *Te amo, Te amo, Te amo*. Y repite estas palabras mágicas miles de veces a Papá Dios para aceptar su voluntad y reprimir tus sentimientos negativos, que te quieren alejar Dios y de su voluntad.

Cuando veas una flor o una bella puesta de sol y sientas alegría en tu corazón, repite con fuerza *TE AMO*. Cuando sientas el gorgojo de un pajarito, el susurro del viento o el murmullo del arroyo; cuando el agua refresque tus labios sedientos o el viento calme el sudor de tu frente, repite con fuerza y amor: *TE AMO*. Ante la belleza de un niño o de un paisaje hermoso, sigue repitiendo *TE AMO*. Y así en cada cosa y en cada circunstancia. Ten por seguro que tu Padre Dios se sentirá feliz de que tu amor, expresado tan sencilla y repetidamente, va a alegrar su Corazón divino y su voluntad, unida a la tuya, te bendecirá mucho más de lo que puedas soñar o desear.

⁶² Vol 18, pp. 22-24; 4 de octubre de 1925.

⁶³ Carta de Luisa Piccarreta del 4-11-1941.

Ahora mismo, repite conmigo, en unión con toda la Creación y con todos los ángeles, santos del cielo y hombres buenos de la tierra: *TE AMO, Señor; TE QUERO MUCHO PAPÁ DIOS, o simplemente: GRACIAS, SEÑOR, te quiero mucho; Jesús YO TE AMO. YO CONFÍO EN TI.*

ORACIÓN DE LUISA

“Madre mía, vengo a ti, porque Jesús quiere almas, quiere consuelo; dame pues, tu mano materna y recorramos juntos todo el mundo en busca de almas... Encerremos en su sangre los afectos, los deseos, los pensamientos y obras, los pasos de todas las criaturas e incendiemos sus almas con las llamas de su Corazón para que se rindan, y así, metidas en su sangre y transformadas en sus llamas, las conduciremos a Jesús para endulzarle las penas de su amarguísima agonía.

Ángel mío de mi guarda, precédenos tú y prepáranos las almas que han de recibir esta sangre para que ninguna gota se quede sin su copioso fruto.

Madre mía, pronto, pongámonos en camino; veo que Jesús nos sigue con su mirada, escucho sus repetidos sollozos, que nos incitan a apresurar nuestra tarea. Y he aquí, Mamá, que ya a los primeros pasos nos encontramos a las puertas de las casas donde yacen los enfermos. ¡Cuántos miembros llagados! ¡Cuántos enfermos, bajo la atrocidad de los dolores prorrumpen en blasfemias e intentan quitarse la vida...! Otros se ven abandonados por todos y no tienen quien les dé una palabra de consuelo ni los más necesarios socorros, y por eso más se lamentan contra Dios y se desesperan.

Mamá, escucho los sollozos de Jesús, pues ve correspondidas con ofensas sus más delicadas predilecciones de amor, que hacen sufrir a las almas para hacerlas semejantes a él. Démosles su sangre para que las provea de las ayudas necesarias y les haga comprender con su luz el bien que hay en el sufrir y la semejanza que adquieren con Jesús. Y tú, Madre mía, ponte a su lado y como Madre afectuosa toca con tus manos maternas sus miembros doloridos, alíviales sus dolores, tómalas en tus brazos y derrama de tu Corazón torrentes de gracias sobre todas sus penas.

Mira a los moribundos. ¡Madre mía, qué terror! ¡Cuántas almas hay a punto de caer en el infierno! ¡Cuántas, después de una vida de pecado quieren dar el último dolor a ese Corazón repetidamente traspasado, sellando su último respiro con un último acto de desesperación! Muchos demonios están en torno a ellas infundiendo en su corazón terror y espanto de los divinos juicios, dándoles así el último asalto para llevarlas al infierno.

Mamá, son los últimos momentos, tienen mucha necesidad de ayuda, ¿no ves cómo tiemblan, cómo se debaten entre los espasmos de la agonía, cómo piden ayuda y piedad? La tierra ya ha desaparecido para ellas. Mamá santa, ponles tu mano materna sobre sus heladas frentes y acoge tú sus últimos respiros. Demos a cada moribundo la sangre de Jesús, la que poniendo en fuga a todos los demonios, disponga a todos a recibir los últimos sacramentos y los prepare a una buena y santa muerte. Démosles el consuelo de la agonía de Jesús, sus besos, sus lágrimas y sus llagas; rompamos las ataduras que los tienen sujetos; hagamos oír a todos las palabras del perdón y pongámosles tal confianza en el corazón que hagamos que se arrojen en los brazos de Jesús. Y así él, cuando los juzgue, los encuentre cubiertos con su sangre y abandonados en sus brazos haga que quieran recibir todo su perdón.

Mira, Mamá, cómo está llena la tierra de almas que están a punto de caer en el pecado, y cómo Jesús rompe en llanto viendo su sangre sufrir nuevas profanaciones... Hace falta un milagro que les impida la caída; démosles pues, la sangre de Jesús para que encuentren en ella la fuerza y la gracia para no caer en el pecado.

Un paso más, Madre mía, y he aquí otras almas ya caídas en culpa, las cuales necesitan una mano que las levante. Jesús las ama pero las mira horrorizado porque están enfangadas, y su agonía se hace aún más intensa. Démosles la sangre de Jesús para que encuentren así esa mano que las levante... Mira, Mamá, son almas que tienen necesidad de esta sangre, almas muertas a la gracia. ¡Oh, qué lamentable es su estado!

La sangre de Jesús contiene la vida: démosela pues, para que a su contacto estas almas resuciten y resurjan más hermosas, y hagan así sonreír a todo el cielo y la tierra. Pero sigamos, oh Mamá. Mira, hay almas que pecan y huyen de Jesús, que lo ofenden y desesperan de su perdón... Son los nuevos Judas dispersos por la tierra. Démosles la sangre de Jesús para que esta sangre borre en ellos la marca de la perdición y les imprima la de la salvación; para que ponga en sus corazones tanta confianza y amor después de la culpa que los haga correr a los pies de Jesús y estrecharse a esos pies divinos para no separarse jamás... Mira, oh Mamá, hay almas que corren locamente hacia la perdición y no hay quien detenga su carrera. Ah, pongamos esa sangre ante sus pies para que al tocarla, ante su luz y ante sus voces suplicantes, que quieren salvarlas, puedan retroceder y ponerse en el camino de la salvación...

Continuemos, Mamá, nuestro recorrido. Mira, hay almas buenas, almas inocentes en las que Jesús encuentra sus complacencias y su descanso de la Creación, pero las criaturas están en torno a ellas con tantas insidias y escándalos

para arrancar esta inocencia y convertir las complacencias y el descanso de Jesús en lágrimas y amarguras, como si no tuvieran más fin que el de dar continuos dolores a ese Corazón divino... Sellemos y circundemos su inocencia con la sangre de Jesús, para que sea como un muro de defensa para que en ellas no entre la culpa; pon en fuga, con su sangre, a quienes quisieran contaminarlas, y consérvalas puras y sin mancha para que en ellas Jesús encuentre su descanso.

Pero escucha, oh Mamá, esta sangre grita y quiere todavía más almas... Corramos juntas y vayamos a las regiones de herejes y de infieles... Démosles esta sangre para que les disipe las tinieblas de la ignorancia o de la herejía, para que les haga comprender que tienen un alma, y abra para ellas el cielo. Después pongámoslas todas en la sangre de Jesús y conduzcámoslas en torno a él como tantos hijos huérfanos y desterrados que al fin encuentran a su Padre, y así Jesús se sentirá confortado en su amarguísima agonía...

Y ahora, oh Mamá, tomemos esta sangre y démosla a todos: A los afligidos, para que sean consolados; a los pobres, para que sufran su pobreza resignados y agradecidos; a los que son tentados, para que obtengan la victoria; a los incrédulos, para que en ellos triunfe la virtud de la fe; a los blasfemos, para que cambien sus blasfemias en bendiciones; a los sacerdotes, para que comprendan su misión y sean dignos ministros de Jesús; toca sus labios con esta sangre para que no digan palabras que no sean para gloria de Dios; toca sus pies para que corran y vuelen en busca de almas y las conduzcan a Jesús... Demos esta sangre a quienes rigen los pueblos, para que estén unidos y tengan mansedumbre y amor hacia sus súbditos.

Volemos ahora hacia el purgatorio y demos también esta sangre a las almas sufrientes, pues ellas lloran y suplican esta sangre para su liberación... ¿No escuchas, Mamá, sus gemidos y sus delirios de amor que las torturan, y cómo continuamente se sienten atraídas hacia el Sumo Bien? ¿Ves cómo Jesús mismo quiere purificarlas para tenerlas cuanto antes consigo? Él las atrae con su amor, y ellas le corresponden con continuos ímpetus de amor hacia Él, pero al encontrarse en su presencia, no pudiendo aún sostener la pureza de la divina mirada, no pueden sino retroceder y caer de nuevo en las llamas de amor purificadoras...

Madre mía, descendamos a esta profunda cárcel y derramando sobre ellas esta sangre, llevémosles la Luz, mitiguemos sus delirios de amor, extingamos el fuego que las abrasa, purifiquémoslas de sus manchas, para que así, libres de toda pena, vuelen a los brazos del Sumo Bien; demos esta sangre a las almas más abandonadas y olvidadas, para que encuentren en ella todos los sufragios que las criaturas les niegan; demos a todas, oh Mamá, esta sangre, no privemos a ninguna, para que en virtud de ella todas encuentren alivio y liberación. Haz de

Reina en estas regiones de llantos y de lamentos, extiende tus manos maternas y saca de estas llamas ardientes, una por una a todas las almas, haciéndolas emprender a todas el vuelo hacia el cielo...

Y ahora, Mamá santa, llamemos a todos los elementos a hacerle compañía a Jesús a fin de que ellos también le rindan honor. Oh luz del sol, ven a disipar las tinieblas de esta noche para dar consuelo a Jesús. Oh estrellas, con vuestras centelleantes luces descendad del cielo y venid a consolar a Jesús. Flores de la tierra, venid con vuestros perfumes; pajarillos de los aires, venid con vuestros trinos; elementos todos de la tierra, venid a confortar a Jesús. Ven, oh mar, a refrescar y a lavar a Jesús... Él es nuestro creador, nuestra vida, nuestro todo; venid todos a confortarlo, a rendirle homenaje como a nuestro soberano Señor...

Pero, ay, Jesús no busca luz, ni estrellas, ni flores, ni aves... ¡Él quiere almas, almas! Helas aquí, dulce bien mío, a todas junto conmigo: A tu lado está nuestra Mamá querida... descansa tú entre sus brazos; también ella tendrá consuelo al estrecharte en su regazo, pues ha participado intensamente en tu dolorosa agonía... También está aquí Magdalena, está Marta, y están todas las almas que te aman de todos los siglos...”⁶⁴.

“Y ahora, desolada Mamá, gracias en nombre de todos por lo que has sufrido, y te ruego, por ésta tu amarga desolación, que me vengas a asistir en la hora de mi muerte, cuando mi pobre alma se encontrará sola, abandonada de todos, en medio de mil angustias y temores; ven tú entonces a devolverme la compañía que tantas veces te he hecho en mi vida; ven a asistirme, ponte a mi lado y ahuyenta al enemigo; lava mi alma con tus lágrimas, cúbreme con la sangre de Jesús, revísteme con sus méritos; y en virtud de sus penas y de sus dolores haz desaparecer de mí todos mis pecados, dándome el total perdón. Y al expirar mi alma, recíbeme entre tus brazos y ponme bajo tu manto, ocúltame a la mirada del enemigo, llévame en un vuelo al cielo y ponme en los brazos de Jesús... ¡Quedemos en este acuerdo, querida Mamá!

Y por último, mientras te dejo, te ruego que me encierres en el Corazón sacratísimo de Jesús, y tú, doliente Mamá, hazme de centinela para que Jesús no me tenga que echar fuera de su Corazón, y para que yo, ni aun queriendo, pueda salir jamás... Y ahora, beso tu mano materna y dame tu bendición. Amén”⁶⁵.

⁶⁴ *Las horas de la Pasión*, Librería espiritual, Quito, 1991, pp. 98-105.

⁶⁵ *Ib.* p. 214.

LOS ESCRITOS

Luisa Piccarreta es considerada por muchos como una gran escritora mística. El punto central de sus escritos es la divina voluntad. Unir siempre nuestra voluntad a la de Dios para que resulte una unión divina entre nosotros y Dios, entre nuestra voluntad y la suya, fundidas ambas en el amor divino. Su confesor padre Gennaro Di Gennaro fue quien le obligó a escribir todo lo que Dios obraba en su alma, a pesar de haber asistido solamente al primer año de enseñanza primaria. Comenzó a escribir el 28 de febrero de 1899 los 36 volúmenes y terminó el 28 de diciembre de 1938.

El padre Gennaro murió en 1922 y le sucedió como confesor el padre Francesco Benedictis, que murió en 1926 y a continuación fue nombrado el padre Benedetto Calvi, quien le acompañó hasta su muerte. Todos sus confesores la animaron a escribir.

Y Jesús mismo se dignó bendecir sus escritos, tal como ella nos dice: *Mi dulce Jesús iba tomando todos los libros escritos por mí sobre su divino Querer y los ponía todos juntos; después se los estrechaba al Corazón y con una ternura indecible añadió: “BENDIGO DE CORAZON ESTOS ESCRITOS; BENDIGO CADA PALABRA, BENDIGO LOS EFECTOS Y EL VALOR QUE CONTIENEN; ESTOS ESCRITOS SON UNA PARTE DE MÍ MISMO”*.

Después llamó a los ángeles, que se postraron con el rostro en tierra, en oración; y hallándose presentes dos sacerdotes que debían ver los escritos, Jesús dijo a los ángeles que les tocasen la frente para imprimir en ellos el Espíritu Santo y así infundirles la luz, para poder hacerles comprender las verdades y el bien que hay en estos escritos. Los ángeles así lo hicieron y Jesús, bendiciéndonos a todos, desapareció⁶⁶.

San Aníbal María Di Francia fue su confesor extraordinario (1910-1927) y la consideraba una santa mística, revisó sus escritos y no encontró nada contra la fe y costumbres. Murió en 1927, antes de poder realizar su deseo de publicar estos escritos. Su confesor, don Benedetto Calvi, puso manos a la obra y publicó una edición de los primeros tres libros en 1930 con el imprimatur o aprobación del Monseñor Giuseppe María Leo, arzobispo de Trani. Pero algunos contrarios a Luisa, que creían que era una mentirosa y que todos sus fenómenos extraordinarios eran pura histeria para llamar la atención, la acusaron ante las autoridades eclesiásticas. El 31 de mayo de 1938 llegó a Corato un sacerdote enviado por el Santo Oficio, (actual Congregación para la doctrina de la fe) y exigió que Luisa le entregara para revisarlos todos sus escritos. Tres meses

⁶⁶ Vol 17, 17-9-1924; pp. 37-38.

después, el 31 de agosto de 1938, el Santo Oficio publicaba un decreto por el que se condenaban los tres libros de Luisa, que habían sido impresos y publicados y se los ponía en el ÍNDICE de libros prohibidos. Los tres libros prohibidos eran:

- 1.- El reloj de la Pasión de N.S. Jesucristo con un tratado sobre la divina voluntad.
- 2.- En el Reino de la divina voluntad.
- 3.- La reina del cielo en el reino de la divina voluntad.

Cuando Luisa conoció el decreto del Santo Oficio, escribió una carta acatando lo dispuesto con total obediencia. En su carta a su arzobispo de Trani, Monseñor M. Leo, le escribía el 16 de septiembre de 1938: *Yo, la que suscribe, habiendo sabido el decreto con el que, con fecha 13 de julio de 1938, la Suprema Congregación del Santo Oficio ha condenado al Índice de los libros prohibidos los libros escritos por mí y publicados: 1° el Reloj de la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo, con un tratado sobre la divina Voluntad; 2° En el Reino de la divina Voluntad; 3° La Reina del Cielo en el Reino de la divina Voluntad, espontánea e inmediatamente cumpla el deber de alma cristiana de someterme con incondicionada, inmediata, total y absoluta sumisión al juicio de la santa Romana Iglesia, por lo que, sin restricción alguna, repruebo y condeno todo aquello que la suprema Congregación del Santo Oficio reprueba y condena en los citados escritos míos publicados, y en el sentido en que tiene intención de hacerlo la misma Suprema Congregación.*

Esta declaración mía la someto humildemente también a mi amadísimo arzobispo Mons. Don Giuseppe M. Leo, implorando de él la caridad paterna de hacerla llegar, por medio suyo, al Santo Oficio. Firma. Luisa Piccarreta, de Corato (Bari).

A su confesor, Don Benedetto Calvi se le prohibió que visitara a Luisa y que celebrase la santa misa en casa de ella durante algunos meses. Durante todo ese tiempo, otros sacerdotes le llevaban la comunión y la hacían volver en sí.

TESTIMONIO DE SAN ANÍBAL

San Aníbal Di Francia fue su confesor extraordinario de 1910 a 1927. Fundó la Congregación de los Rogacionistas del Corazón de Jesús y las Hijas del divino celo. Fue beatificado en 1991 y canonizado el 16 de mayo de 2004. Él escribe sobre Luisa: “Ella quiere vivir solitaria, escondida y desconocida. Por nada del mundo ella hubiera escrito las íntimas y prolongadas comunicaciones con Jesús adorable, desde su más tierna infancia hasta hoy y que prosiguen, quién sabe hasta cuando, si nuestro Señor mismo no la hubiera obligado muchas veces, sea personalmente, sea por medio de la santa obediencia a sus directores, a cuya autoridad ella se rinde siempre, haciéndose inmensa violencia y a la vez con gran fortaleza y generosidad, ya que el concepto que tiene de la santa obediencia, le haría incluso rehusar entrar en el paraíso, como en efecto ha sucedido.

El hecho es que esta alma se halla en una lucha tremenda entre un irresistible amor a vivir oculta y el inexorable imperio de la obediencia, a la cual debe ceder absolutamente. Y la obediencia la vence siempre. Ello constituye una de las más importantes características de un espíritu auténtico, de una virtud sólida y probada, pues se trata ya de unos 40 años, en los que se somete a la obediencia.

Esta alma solitaria es una virgen purísima, que pertenece totalmente a Dios, la cual resulta ser objeto de singulares predilecciones del divino Redentor Jesús. Nuestro Señor, que de siglo en siglo acrecienta cada vez más las maravillas de su amor, parece ser que de esta virgen, que él llama la más pequeña que haya encontrado sobre la tierra, carente de cualquier instrucción, haya querido hacer un instrumento idóneo para una misión tan sublime, que ninguna otra se le puede comparar, es decir, EL TRIUNFO DE LA DIVINA VOLUNTAD en toda la Creación, conforme a cuanto se dice en el Padrenuestro: FIAT VOLUNTAS TUA, SICUT IN COELO ET IN TERRA.

Esta virgen del Señor, desde hace ya más de 40 años, desde que era aún adolescente, está en cama como víctima del amor divino. Lo cual significa una larga serie de dolores naturales y sobrenaturales y de arrobos de la caridad eterna del Corazón de Jesús. La procedencia de esos dolores, que sobrepasan todo orden natural, es casi continuamente una repetida privación de Dios...

A los padecimientos de su alma se añaden también los del cuerpo, la mayor parte de los cuales son de tipo místico. Sin que ningún signo aparezca en sus manos, pies y costado o en la frente, ella recibe de nuestro Señor mismo una frecuente crucifixión. Jesús mismo la extiende sobre una cruz y la traspasa con los clavos. Entonces le sucede lo que dice santa Teresa cuando recibía la herida del serafín, es decir, un agudísimo dolor que la hace desvanecerse, y a la vez una

embriaguez de amor. Pero si Jesús no hiciera eso, para esa alma sería un padecimiento espiritual inmensamente mayor, pues, como la serafina del Carmelo, dice también ella: O sufrir o morir. He aquí otra señal del verdadero espíritu...

Después de cuanto hemos aludido, de su larga y continua permanencia durante años y años en una cama, en calidad de víctima, con la participación de tantos dolores espirituales y físicos, se podría pensar que el ver a esta virgen desconocida tendría que ser algo aflictivo, como lo es ver a alguien que yace, con todos los signos de dolores que ha sufrido o que está sufriendo, o cosas parecidas.

Y sin embargo, aquí hay algo asombroso. Esta esposa de Jesús Crucificado, que pasa las noches en éxtasis dolorosos y en padecimientos de todo tipo, al verla después durante el día, medio sentada en su cama, trabajando con agujas y alfileres, no hace entrever nada, absolutamente nada, de ser una persona que durante la noche haya sufrido tanto; nada, nada que dé a entender algo extraordinario o sobrenatural. Por el contrario, se le ve con todo el aspecto de una persona sana, contenta y jovial. Habla, conversa, cuando hace falta, ríe; recibe sin embargo pocas amigas.

A veces algún corazón atribulado le hace alguna confianza, le pide oraciones. Escucha con bondad, consuela, pero jamás se pone a hacer de profetisa, jamás una sola palabra que aluda a revelaciones. El gran consuelo que ella ofrece es siempre el único, siempre el mismo tema: la Divina Voluntad.

Si bien no tenga ninguna ciencia humana, está dotada de una abundante sabiduría enteramente celestial, de la ciencia de los santos. Sus palabras iluminan y consuelan. En su natural no le falta talento. De estudios, cuando era pequeña, fue sólo un año a la escuela. Su modo de escribir está lleno de faltas, si bien no le faltan las palabras apropiadas, conforme a las revelaciones, que parece ser que se las infunde nuestro Señor.

Un detalle del gran desapego de esta alma de todo lo que es terreno, es el aborrecimiento y la constancia en no aceptar ningún regalo, o en dinero o de otra forma. Más de una vez, personas que han leído *El Reloj de la Pasión* y que han sentido despertarse en ellas un sentido de sagrado afecto hacia esta alma solitaria y desconocida, le han escrito, queriendo enviarle dinero; pero ella se ha opuesto tajantemente, como si le hubieran hecho una ofensa.

Su vivir es muy modesto. Ella posee poco. Vive con una afectuosa pariente (su hermana) que la asiste. No bastando lo poco que tienen para pagar el alquiler de la casa y para el mantenimiento indispensable en estos tristes tiempos

del costo de la vida, ella trabaja tranquilamente, como ya hemos dicho, y obtiene alguna ganancia de su trabajo; de la cual, quien debe sacar todo el provecho, debe ser sobre todo su hermana, pues ella no necesita hacer ningún gasto en ropa o en calzado; lo que come son pocos gramos al día, como se lo presenta quien la asiste, porque ella no pide nada y, además, después de alguna hora de haber tomado el escaso alimento, lo devuelve. Sin embargo, su aspecto no es el de una persona que esté muriéndose, como tampoco es el de alguien que esté perfectamente sano. Y no obstante, no está sin hacer nada, sino que consume sus fuerzas, ya sea con las sobrehumanas vicisitudes de los padecimientos y fatigas de la noche, ya sea con el trabajo durante el día. Su vida, pues, se reduce casi a UN MILAGRO PERENNE.

A su gran desapego de toda ganancia que no obtenga con sus manos, hay que añadir su firmeza en no haber querido aceptar jamás un porcentaje que le pertenecería por derecho como propiedad literaria en la edición y en la venta de *El Reloj de la Pasión*. Habiéndole yo insistido para que no lo rehusara, me ha contestado: *Yo no tengo ningún derecho, porque el trabajo no es mío, sino de Dios*.

Su vida es más celestial que terrena, quiere pasar por el mundo ignorada y desconocida, no buscando más que sólo a Jesús y a su Madre Santísima, que ella llama La Mamá, la cual tiene a esta alma escogida bajo una particular protección”⁶⁷.

ASÍ ERA ELLA

El estilo de vida de Luisa durante los 59 años en que permaneció permanentemente en cama, siempre sentada en su lecho, como víctima de expiación, fue muy discreto. Vivía en una casa de alquiler, asistida por su hermana Angelina y algunas piadosas mujeres. Durante la noche el Señor la llevaba frecuentemente en bilocación a diversos lugares del mundo o del más allá (purgatorio, cielo). Era también el tiempo en que Jesús la visitaba y le pedía que sufriera por la conversión de los pecadores.

Su jornada comenzaba a las cinco de la mañana, cuando acudía un sacerdote a bendecirla (a veces para sacarla de su estado de inmovilización o, como ella decía, de petrificación) y asistía a la misa celebrada en la misma casa. Después de la misa y comunión permanecía unas dos horas en oración y hacia las 8 a.m., comenzaba el trabajo que duraba hasta el mediodía. Por la tarde, después de trabajar algunas horas, rezaban todas juntas el rosario. Hacia las 8 p.m.

⁶⁷ Citado por Pablo Martín; *Luisa la santa*, Librería espiritual, Quito, 1992, pp. 53-58.

comenzaba a escribir hasta la medianoche. Por la mañana se hallaba rígida, sin poder moverse. Murió a los 81 años y diez meses el 4 de marzo de 1947 después de 15 días de una fuerte pulmonía. No sufrió la rigidez cadavérica normal, pero su cuerpo permaneció sentado como siempre había estado desde 1888 y tuvieron que hacer un ataúd acomodado para llevarla sentada.

A su muerte hubo tanta gente que acudió a ver a Luisa *la santa*, que tuvo que venir la policía para cuidar el orden. Su cadáver estuvo expuesto cuatro días sin dar señales de corrupción y con su cuerpo flexible, ya que podían alzarle los brazos, subirle los párpados, plegar manos y dedos, etc. Todo el pueblo de Corato asistió al entierro en el cementerio del pueblo. Fue sepultada en la capilla de la familia Calvi. Los asistentes trataron de recoger algunas flores u objetos personales de Luisa como reliquias. El 3 de julio de 1963 sus restos fueron enterrados definitivamente en la iglesia parroquial de Corato, Santa María Greca.

El 20 de noviembre de 1994 se abrió oficialmente el proceso de beatificación. Para ello fueron aprobados previamente sus escritos a nivel diocesano. Igualmente los están estudiando a nivel vaticano para permitir su difusión con la redacción oficial. El 4 de marzo de 1987 el arzobispo de Trani reconoció canónicamente la Pía Asociación Luisa Piccarreta de los pequeños hijos de la divina voluntad. El año 2005 concluyó exitosamente la fase diocesana del Proceso de canonización.

El padre Bernardino Bucci forma parte actualmente del tribunal que ve la causa de beatificación de Luisa y afirma: *Muchos episodios extraordinarios de la vida de Luisa, recogidos bajo juramento y firmados por los testigos, se conservan en el archivo de la Causa de beatificación de la sierva de Dios, tanto sucesos ocurridos durante su vida como después de su muerte.*

TESTAMENTO ESPIRITUAL DE LUISA

Muero contenta, porque el Querer divino me ha consolado aún más que de costumbre con su presencia en estos últimos instantes de mi vida.

Ahora veo un camino largo, bello y espacioso, iluminado por infinitos y espléndidos soles. ¡Oh, sí, los conozco: son los soles de mis actos cumplidos en la divina Voluntad!

Es el Camino que ahora voy a recorrer, es el Camino que para mí ha sido preparado por el divino Querer, es el Camino de mi triunfo, es el Camino de mi gloria para unirme a la inmensa felicidad de la divina Voluntad. Es mi Camino, es el Camino que haré reservar para Usted, querido padre, es el Camino que

haré reservar para todas aquellas almas que querían vivir en la divina voluntad
68.

⁶⁸ P. Pablo Martín, o.c., p. 120.

